EL PRÍNCIPE LUZBEL

opereta-revista fantástica
en dos actos y
original
de

Palero Burillo Berges

Tortosa
Imprenta y Librería Piladrich
Rosa, 9, 11 y 13

EL PRÍNCIPE LUZBEL

OPERETA-REVISTA FANTÁSTICA EN DOS ACTOS

Y ORIGINAL DE

VALERO BURILLO BERGES

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

TORTOSA
IMPRENTA Y LIBRERÍA VILADRICH
ROSA, 9, 11 Y 13

A Tomás Borrás, jun-
to a cuyo nombre, los
adjetivos sobran.

Su amigo

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Valero Burillo

Acto Primero

«Creación de la Mujer»

PERSONAJES

EVA
LA MALDAD
LA HURÍ
LA HISTORIA
LA INOCENCIA
LA BONDAD
LA CARIDAD
LA PRIMAVERA

LUZBEL (Tiple)
EL AMOR (Tiple)
ALVARO
NEMESIO
POLITO
EL DOLOR
P. SEVERO
MAGO
EL TROVADOR
PAJES
CORO DE BRUJAS
CORO DE ESPÍRITUS
CORO DE FLORES
CORO DE SABIOS
CORO DEL PUEBLO

DECORACIÓN.—Un rarísimo jardín en las inme-

721719

diaciones del Infierno. Flores muy raras y muy grandes. En el centro de cada flor una bombillita eléctrica. Estas de los más variados colores. En el centro de la escena, un pedestal de mucha base y poca altura. A la izquierda (entiéndase siempre la del actor) un banco, de acuerdo (en el efecto) con la escena.

Al levantarse el telón Coro de Brujas y Amor, discutiendo.

Música

CORO Eres Amor un gusanillo
Que al que le picas está perdido.
A los miseros mortales
Dentro el alma te les metes,
Y por tí los pobrecitos
Mil disparates cometen.
Gusanillo, gusanillo,
Del Amor,
No me toques, no me piques
Por favor;
Que tus goces son amargos
¡Ja..... ja....; ja..... ja.....!
No me piques. no me toques
¡Por piedad!

AMOR ¡Callad, deslenguadas!
Si brujas nacisteis,
Y amar no supísteis,
¿Que sabéis de mí?

*

Yo pongo fuego en los ojos
De las mujeres hermosas;

Soy rubor en sus mejillas;
Soy fuego ardiente en su boca.
Yo hago palpitar su seno
En un dulce estremecer,
Y yo pongo entre sus brazos
Un venero de placer.
Por mí los hombres se rinden
En perpetua adoración,
Y hago que la mujer sea
Reina de la Creación.
Con dulces cadenas
Corazones uno;
Goces y venturas
Sin cesar les doy
Dulce hago la vida,
Sus miserias bellas,
De la vida esencia,
Eso es lo que soy.

CORO Tus palabras zalameras
El que escucha está perdido:
Porque llenas de zozobras
Al corazón que has rendido.
Gusanillo, gusanillo
Del Amor,
No me toques, no me piques
Por favor;
Que tus goces son amargos
¡Ja..... ja..... ja.....!
No me piques, no me toques.
¡Por piedad!

AMOR Ofensas tan graves

Con entir no puedo.

CORO Ní tantas mentíras
Escuchar debemos.

AMOR Brujas de aquí marchad ya,
Que atenderos no debí.

CORO Nos vámos, sí;
Pero diremos
A todo el mundo
Que no se fíen
Nunca de tí.
Apártate.
No te acerques, no me toques,
Márchate.
¡Uy..... uy..... uy..... uy!
¡Qué desazón!
Que me ha picado
El reladrón.
¡Sácamelo... sácamelo.. sácamelo!

(Váse el Coro de Brujas)

AMOR. ¡Brujas malditas! ¿Por qué atendí vuestra solicitud? ¿Hasta qué paraje me tragisteis en que el aire me asfixia? Jamás en mis andanzas recuerdo haber llegado nunca tan cerca del Infierno. Merodearé por estos contornos a ver si tengo la suetre de contemplar a Luzbel. *(Váse)*

ESCENA BATURRA

Nemesio y Polito son dos baturros que murieron y van en busca del tribunal de Dios. Visten traje re-

gional negro y arrugado por haber estado muchos años guardado en el baúl. Están escondidos entre los macizos y al marchar el Amor, asoman la cabeza.

NEMESIO. ¡Polito! ¡Polito!

POLITO. ¡Ay, Nemesio!

NEMESIO. ¿Estás ahí?

POLITO. Me paice que sí, que estoy aquí. *(Salen de su escondite)* Menos mal que dende que nuestras respetives familias, nos faturaron en aquellos cajones largos y estrechos no hí probau bocau. *(Palpándose el pantalón)* Sí no, aunque m'echaran un litro de olor, no m'abría San Pedro.

NEMESIO. No me digas nada que estoy que no me llega la camisa al cuerpo. ¡Ridíez, y qué viejas más feas!

POLITO. No hí estirau más la garra, porque no puedo.

NEMESIO. Bueno, aquí hay que tomar una determinación u otra, porque esto es ya más largo que un cuarto e liza. ¿Puande tiramos?

POLITO. Tira puande quieras, que al Cielo, me paice que no llegamos. ¡Y qué vamos bien! Mía tú que se necesita poca lacha pa mandanos a un viaje tan largo y no ponenos un rial en el bolsillo.

NEMESIO. ¿Y pa qué lo querías? Tanto talento como icen que tie Dios, y no ocurrísele poner una tríste posada en tol camino.

POLITO. ¡Cómo esc! Ní un rotulico que te díga puande ties que ir.

NEMESIO. Mía ande hay uno *(Señalando dentro derecha).*

POLITO. Ya ves. ¡Sí ahura supía uno de letra!

NEMESIO. ¡Corre!

POLITO. ¿Qué pasa?

Se esconden. Cruza un diablo la escena y vuelven a salir haciendo ademanes de asfixia, y estornudando.

POLITO. ¡Phs!

NEMESIO. ¡Phs!

POLITO.—¡Zufre, que la dejau ese!

NEMESIO.—Vámonos que esa gente me da mu mala espina.

POLITO. ¡Qué boca! ¡Y sin una cajetilla! *(Buscándose los bolsillos)* Más pelaus que una rata. ¡Reladrones!

NEMESIO. Y mientras, ellos y ellas bien morrearán con tus cuartos. Por eso yo hi estirau la pata ¡soltero! El bancalico y la burra pa los chicos de la Esclusa.

POLITO. ¡Si te paice que no me acuerdo! Ya reñían antes del último resollo. Sólo sentiría no encontrar un anjerico, pa asomarme y decíles: ¡Granujas! ¡Calla! ¡Una cosa dura! ¡Un perrero! ¡Ya hímos llegau al Cielo!

NEMESIO. Partílo pa diez veces.

POLITO, ¿Y fuego?

NEMESIO. ¿Quién fumará por estos andurriales? Mía el zagal que plaiteba con las brujas. Llámalo.

POLITO. ¿Pa qué, si viene él? *(Sale el Amor)* Oye tú.

NEMESIO. Espera. Lo primero, es lo primero. ¿Cuande se va a la Gloria?

AMOR. *(Mirándolos de arriba a abajo)* Estáis muy lejos.

POLITO. Chiquío: Dos meses andando y aún díces que estamos lejos?

AMOR. No. Sucios no vais mucho.

POLITO. Mira, zagal, cómo faltas, eh? ¡Sucios ice que y llevamos encima lo mejorcico del baúl!

AMOR. Tardaréis en llegar un poquito. Ahora vais al Purgatorio.

POLITO. ¿Yo? ¿Yo al Purgatorio? Ni aunque se empeñe el mismo Papa. No sabe Dios quien es Pólito. Quince años con mi cuñada, mi suegra y mi mujer, y no han podido conmigo, y ahora quíes tú que pueda Dios? Pues si que estaba apañau. Diez años de dolor de estómago, que por eso me han echau del otro mundo; una tonelada de sal de higuera que m'abré tomau..... y ahora que paice que s'a parau el condenau, quies tú que vaya otra vez de Purgatorio? ¡Lo veremos! Ya te hi dicho, que no conoce Dios al Pólito.

NEMESIO. Bueno, zagal. Si sabes de letra dínos qui ice allí.

AMOR. Entrada al Infierno. Y aquel que viene es el Príncipe Luzbel.

POLITO. ¿Qué?

NEMESIO. ¡Corre! *(Corren los dos al fondo)* Te vale que no llevo la vara, el no habenos avisau antes.

POLITO. Rite, ríte; si te güelvo a encontrar, ya te guardaré la propinica. *(Vánse)*

AMOR ¡Qué inocencia! *(Mirando hacia el lado por donde se supone llega Luzbel)* ¡Pobre Luzbel! ¡Qué desmejorado lo veo! ¿Qué pena habrá quitado a su rostro aquella hermosura que casi se confundía con la de Dios? Voy a ocultarme. *(Sale el Príncipe Luzbel, triste, melancólico y va a dejarse caer en el banco. Tras él, Cirro; éste es un pobre diablo, cojo, viejo, bufón. Viste muy elegante, lleno de afeites y condecoraciones).*

CIRRO. ¡Alteza! ¡Príncipe! ¡Señor! ¡Excluídme de vuestras iras! ¡No me hagáis blanco de vuestros desdenes! Ved que vuestra tristeza lo invade todo. Desde que esa melancolía se ha apoderado de vuestro espíritu, el Infierno, siempre en continua juerga, parece una agencia de pompas fúnebres. ¡Pobre de mí! No ha tenido mi vida otro objeto que haceros reír, y ello, que tan sencillo me fué siempre, lo veo hoy imposible.

¡Príncipe! ¿Hago el ruso de Astrakán o el apache de París? Yo soy chulo madrileño; yo soy pampero, morico, tágalo, con tal de haceros reír. ¿Qué bailo tango, kake-vals, fox-trox, habanera, polka, schotis, rigodón, minué? ¿Queréis la rumba? ¿El garrotín? ¿El tango Adán?

LUZBEL. ¡Calla! ¡Con tus sandeces no consigues sino irritarme más!

CIRRO. ¡Ay de mí! Cuando me rompí esta pierna me fué tan bien, que almacené risa para tres meses. ¿Me rompo la otra Príncipe?

LUZBEL. Rómpete lo que quieras; pero calla. Estoy harto de tus sandeces.

CIRRO. ¡Ay! ¿Pero y por qué no me volveré, ahora mismo una cocote, por qué? Si yo pudiera convertirme en una de esas que pasean en coche con las piernas puestas así: que miran así; y que, según dicen, besan así... ¡ay! ¡Estaba salvado! El Príncipe no tiene más que eso. Le ha picado el gusanillo ese del amor y no para hasta que no devuelva la picadura.

LUZBEL. Estoy harto ya de espíritus, Cirro. Me muero de envidia. Veo cómo los hombres estrechan entre sus brazos, a esas criaturas terrenales que son una golosi-

na. Besan sus ojos; juegan con su cabello; sacian la sed en su boca; aprisionan entre los brazos sus senos; y cuando llegan aquí... senos, boca, ojos y cabello se quedaron allá, y por más que mis manos busquen formas donde depositar sus caricias... ¡las formas entre mis manos se esfuman! ¡Oh, desesperación! ¡Oh, rabia!

Pero esto concluirá, Cirro. O se cumplen mis deseos, proporcionándome unos ojos irresistibles, una boca que sea un surtidor de besos (desde el fino, suave, aterciopelado, hasta el beso que es en la boca clavel sangrante), una mujer, en fin, mujer y hermosa, o los tormentos del Infierno serán quintaesenciados.

CIRRO. ¡Qué horror!

LUZBEL. Qué sabes tú de horrores, pobre viejo, si nunca supiste los del Amor.

CIRRO. Calmaos, Señor. Brujos, sabios, adivinos, todos a una trabajamos por satisfacer vuestros deseos. ¡Quién sabe si cuando menos lo esperéis!

LUZBEL. Entretanto yo sucumbo de amor y mi amada no viene.

CIRRO. Nunca debe perderse la esperanza. Ved. En coro a entreteneros llegan los espíritus de las mujeres más hermosas que adornaron la tierra.

LUZBEL. ¡Espíritus! ¡Siempre espíritus!

AMOR. *(Desde el fondo y marchándose)* Vanos son tus deseos, Luzbel. Yo a ellos me opondré.

DANZA DE LOS ESPÍRITUS

Señoritas en tanto número como se disponga, vestidas con malla blanca y amplísimo velo, que extienden en graciosos giros. Escena a gusto de la Dirección artística.

De salida acompañan a la orquesta con leve rumor.

Música

Um..... um..... um.....
Um..... um..... um.....
. . . . . .
. . . . . .

(El resto sigue la danza).

SEGUNDAS. Pobre Príncipe, que sufre,
TIPLES. Las angustias del amor,
Quiere labios que a su boca
Le den besos con pasión.
Brazos que en sí lo aprisionen
Ojos que amantes lo miren,
Senos que a su amor se ofrezcan,
Manos que suaves lo mimen.
El ignora que los goces
Del Amor amargos son;
Que son breves en la dicha
Y eternos en el dolor.
CORO. Um..... um..... um.....
Um..... um..... um.....

Rodean todas el banco del Príncipe. Grupo muy artístico a toda luz y blanca.

CORO. Enfermito te encuentras,
Tienes ansias de placer.
Escucha nuestros consejos,
Dulce Príncipe Luzbel.
En la fuente del Amor
No pongas nunca tus labios
Que cuantos más sorbos bebas,
Más grande será tu sed.
Disfruta los goces puros
Que espirituales te ofrecemos;
Nosotros no atormentamos
Y tú feliz puedes ser.

LUZBEL. No..... no..... no.
Quiero besar,
Quiero sorber
Ardientes besos
De una mujer.
Quiero estrechar
Entre mis brazos
Senos que me hagan
Estremecer.
¡Mujer! ¡Mujer,
Tan deseada!
¿Cuándo en mis brazos,
Te veré?

Levántase Luzbel y todas huyen. Él las persigue. Junto a las cajas alcanza a una, ella marcha y él queda con el velo. Lo mismo con otra. Queda una en es-

cena y, tras un macizo, la coge; la abraza y por un foso, ella desaparece, quedando también con el manto.

Que vengan los hombres;
Que vengan y digan,
¡Si esto son amores!
¡Si es esto la dicha!

Arroja con rabia el velo y va desesperado a sentarse al banco, donde se abandona.

(A Cirro) Prohíbo terminantemente que, ni por tí, ni por nadie, se me dirija la palabra, mientras yo no ordene lo contrario.

CIRRO. ¡Señor!

LUZBEL. Responderás del cumplimiento de lo que te ordeno.

CIRRO· ¡Señor! *Aparte.* ¿Porqué no nací cocotte? ¿Porqué? ¿Porqué?

LOS CONDENADOS

Entran en escena El Dolor, El P. Severo y Alvaro Valiente Amador, precedidos de Un Diablo. El Dolor viste túnica y Alvaro traje estilo Hamlet.

DIABLO. ¿Alteza?

CIRRO. Si vuelves a levantar la voz te formo consejo de guerra y... ric-ric.

DIABLO. *Temblando.* ¡Yo.....!

CIRRO. *Indicando silencio y en voz muy baja.* ¿Qué ocurre?

DIABLO. Estos nuevos huéspedes que nos envían de allá arriba.

CIRRO. Bien venidos seáis carísimos cofrades de nuestra hermandad «La Alegría». Por más que he de comunicaros la triste nueva de que el Infierno está en crisis.

El papá Satanás, en cama con un catarrazo macho y el niño con una neurastenia de esas que están diciendo a gritos: Echa frenos y sujeta el trole.

Llevamos días y días esperando que caiga por aquí uno que se destape; que haga reír al Príncipe y que se ponga unas botas, que a mí me vienen ya grandes y que no hay quien se las calce.

Os pongo en estos antecedentes, primero por educación y segundo por si alguno de vosotros es ese mirlo blanco.

Conque a ver lo que os traeis dentro y si uno de vosotros hace soltar al Príncipe una carcajada lo proclamo, ipso facto, por Dictador en los Infiernos.

(Cirro toma asiento en una banqueta, como un magistrado. Al Dolor) ¿Quién eres tú?

EL DOLOR. Soy el Dolor.

CIRRO. ¡Arrea! Pues si que hacías aquí bien poca falta.

EL DOLOR. Soy el Dolor, porque fuí la Gloria.

CIRRO. Tú eres un chiflao. Te he visto la oreja, majo.

EL DOLOR. Yo llegué al pináculo de la Gloria.

CIRRO. Me descubro en metáfora. Pero si te parece deja a Pina, allá junto a Zaragoza, y guárdate lo demás si lo necesitas.

EL DOLOR. Ni Dante con su Divina Comedia...

CIRRO. ¡Atiza!

EL DOLOR. Ni Belmonte con sus medias verónicas...

CIRRO. ¡Olé! Por ahí... por ahí...

EL DOLOR. Ni Romonones con su garra torcida, pudieron escalar la mitad de la cumbre a donde yo llegué.

CIRRO. Los tres amigos míos. Sí; tres chavalillos, nada, unos peleles.

EL DOLOR. Pero hice dioses ds lo que sólo era arcilla; canté a la mujer, haciendo de ella la síntesis de la Creación, y al ver cara a cara al verdadero Dios...

CIRRO. ¡Cataplúm chín... chilla!

EL DOLOR. Sí, cataplúm: conocí mi error.

CIRRO. Dóminus vobiscum. ¡Sólo nos faltaba ésio! Maldita sea mi estampa. ¿Si será martes y estaremos a trece?

Bueno, mira, un consejo de amigo: Aunque sea en el Infierno, deja a los dioses allá arriba y aprovecha de la arcilla lo que puedas.

EL DOLOR. Sólo hay un Dios en el mundo: La Ilusión.

CIRRO. Basta, ea. ¡Pues sólo nos faltaba éste! El papá en cama; el niño, ya se ve... Conque ahora ven tú a amargarnos más la existencia.

¡Hombre, que nos pongan con la Gloria y que digan que no nos tomen tanto el pelo! Pide la revisión del juicio porque contigo se han equivocado.

Otro. ¿Cómo te llamas?

P. SEVERN. Severo.

CIRRO. ¡Atiza! Una tragedia en dos actos. ¿Y por qué te han condenado?

P. SEVERO. Por los conejos.

CIRRO. ¿Cazador?

P. SEVERO. Cocinero.

CIRRO. ¿Avanto?...¿ancho de cuerna?...¿mogón?

P. SEVERO. ¡Eso no!

CIRRO. Bueno. Explíquese reverencia.

P. SEVERO. Yo fuí cocinero, antes que fraile. Una compañera en el oficio, y penitente mía después, pretendió entrar en casa de los marqueses de X, íntimos amigos míos. Pidióme. la recomendase. Advertíla yo, que el señor Marqués tenía al consejo por plato favorito, hasta el extremo de no servírsele comida en que no figurase el antidicho roedor, y la necesidad en que se vería, para no hastiar al Marqués, de guisarlo y servirlo de mil formas direrentes. Pidióme la ilustrase en la materia; y aunque mi práctica era grande, adquirimos los mejores autores del arte culinario. A ellos nos entregamos con tanto entusiasmo, que, perdida la noción del tiempo, no nos dímos cuenta de que lo guisábamos y comíamos en los viernes de cuaresma y... he ahí porque me han condenado.

(El Príncipbe osteza)

CIRRO. Tu relato hace bostezar al Príncipe. Tampoco es para tí el pollo. Dessmbucha tu, que hoy veo hemos pisado mals hierva. ¿Cómo te llamas?

ALVARO. Alvaro Valiente Amador.

(El Príncipe se incorpora y queda mirándolo)

CIRRO. Este entra a por uvas. ¿Causas de tu condenación?

ALVARO. El haber sido tan felíz en la Tierra, que todos los suplicios que guardéis para mí, no borrarán de mi mente el recuerdo de mi felicidad.

LUZBEL. ¿Cuál fué tu dicha?

ALVARO. Fuí dueño de la mujer más hermosa que contemplaron los siglos.

LUZBEL. ¿Tan bella era?

ALVARO. Más que el sol.

LUZBEL. ¿Cómo era su cabello?

ALVARO. Espumas del mar, en los rayos del sol teñidas.

LUZBEL. Y era...

ALVARO. Ardiente hasta doler sus caricias.

LUZBEL. ¿Y fué tuya?

ALVARO. Tan solo una vez y su recuerdo me basta para ser feliz eternamente?

LUZBEL. *(Llevándolo aparte)* ¿Cómo eran sus ojos?

ALVARO. Como eran sus ojos, lo guardo para mí.

LUZBEL. ¡Miserable! ¿Cómo eran sus ojos? Habla. Dílo.

ALVARO. Eran el misterio y eternamente de ellos gozaré.

LUZBEL. ¿Y por amar te condenaron?

ALVARO. No. Tenía dueño y su amor le robé. Fué valiente y no me duele mi suerte. Cara a cara, como matan los hombres, me partió el corazón.

LUZBEL. Dame tn felicidad y te daré mi reino.

ALVARO. ¡Nunca!

LUZBEL. Te la arrancaré por la fuerza.

ALVARO. Inútil será tu empeño.

LUZBEL. Lo conseguiré; soy Luzbel.

ALVARO. ¡Jamás!

LUZBEL. ¡Miserable! ¡Cirro! Entrégalos a las Furias. No haya con ellos compasión.

CIRRO. Por aquí: por aquí, amiguitos, os darán castañas calentitas. *(Los acompaña hacia la salida y vuelve).* Príncipe no os desesperéis.

LA HISTORIA

Sale La Historia. Es una señorita con traje alegórico. Lleva un libro y una pluma de ave.

LUZBEL. *(A su encuentro).* Ven, Historia, ven. Eres tú la única, que de mucho tiempo acá, me proporciona algún rato solaz.

HISTORIA. ¿Y qué quiere Vuestra Alteza, que os lea hoy?

LUZBEL. La de un hombre, cuya felicidad no podrán desvanecer los sufrimientos del Infierno todos.

HISTORIA. ¿Tan feliz fué?

LUZBEL. Según él sí.

HISTORIA. ¿Y es?

LUZBEL. Alvaro Valiente Amador.

HISTORIA. Lo tengo. Recién llegado a los Infiernos.

LUZBEL. El mismo.

HISTORIA. Cid.

El Príncipe toma asiento en el banco. Cirro en el suelo a sus pies. La Historia en un taburete alto, en primer término. La Historia lee:

Existe en el mundo
Mujer tan gentil,
Tan bella, que todos
La llaman La Huri.

Aparece al fondo La Hurí, que avanza muy lenta.

Sus ojos rasgados
El misterio son;
Y sus labios rojos
Son todo pasión.
Con su pandereta
Canta, baila y ríe;
Las gentes la aplauden,
Y los mozos riñen.
Es su compañero
Dulce trovador
Tan gentil como ella,
Pero..... soñador

Aparece el Trovador en la misma forma que La Hurí

El es poesía;
Ella es la pasión,
El besa en los ojos,
Y ella quiere..... ¡no!
No dice la Historia,
Lo que la Hurí quiere.
Aquí sólo dice,
Que amar, no er amor.

*

Juntos por el mundo
Errantes caminan,
Viven de sus besos,
Viven de su amor.
Si llegan a un pueblo
La gente se estruja
Todos quieren verla

Salen aldeanos pue los rodean en semicirculo.

¡Dicen que es el sol!
Y entre tanta gente
Como a la Hurí aplaude,
Un día aparece
Valiente Amador. *(Sale éste)*
¿Qué tienen sus ojos
Que a la Hurí subyugan?
¿Cómo son sus besos
Que loca la vuelven?
Tampoco lo dice;
Pero llegó un día
. . . . . .
Ella cantaba y bailaba
Y. . . . . .

Música

hasta el final de la escena. La parte correspondiente a la Historia, recitada, lo demás cantado, Los personajes harán cuanto la Historia diga.

Hurí

Ojos de sultana mora
Dicen que en mi cara tengo:
Y que asustan cuando miro,
Pero que asusten no creo,
Porque con ellos digo
Te quiero,
Cuando así los entorno
Me muero,
No temas,
Porque aunque dicen que matan
Mis ojos,

Los que se mueren por tí
Son ellos,

CORO Es verdad que de sultana son sus ojos
Y que es adivinadora, bien se ve,
Que una luz en ellos brilla, verde-oscuro,
Que en el alma pone espanto, si la ves.

HURÍ De mi boca besos dulces
Todos los quieren beber;
Mas yo no dejo a ninguno
Porque son todos para él,
Porque con ellos doy
Mi vida,
Cuando yo así te beso
Me muero,
No temas,
Porque aunque dicen
Que matan
Mis besos,
Los que se mueren por tí
Son ellos.

CORO Es verdad que de sultana son sus labios
Y que es adivinadora, bien se ve;
Que una luz en ellos brilla, roja, roja,
Que en el alma pone espanto si la ves,

HISTORIA Tiende su mano la Hurí
Y de monedas la llenan;
Si ella pide con los ojos
No ha nacido aún, quien le niega,
Pero hay un misterio;
Existe una cita.

HURÍ. *A Alvaro.* ¿Vendrás?

ALVARO. *Dándole monedas.* ¡Sí!
HISTORIA. La fiesta termina,
La gente se marcha.
Vanse Coro y Alvaro.
Su manto la noche
Extiende en la calma,
. . . . . .
. . . . . .
Y el Trovador dulce,
Para la Hurí amada,
Las flores que encuentra
Recoge con ansia.
El Trovador trae brazadas de flores, con las que forma un lecho.
Un lecho de flores
Para ella preparada
Donde dormir pueda
La mujer amada.
Acuéstanse.
¡Qué dulce momento!
¡Qué hermosa la cámara!
Arriba los cielos,
Debajo la malla
Que tejen las flores
Como una guirnalda,
Pero..... un beso en la frente
Le da..... y ¡paz santa!

—=—

Las flores para ella no son flores
Las flores para ella son espinas,
Y entre flores la Hurí cierra sus ojos,

Viendo otros ojos, que a los suyos miran,
Y Valiente Amador llega
Y aquí la Historia calló,
Y unos puntos suspensivos colocó.

—=—

ALVARO. *Arrodillado junto a ella y pianísimo.*
¡Mujer! ¡Mujer!
¡Mujer de los ojos negros?
¡Mujer! ¡Mujer!
¡Abre tus ojos y mírame!

La Huri despierta y sonriente abandona el lecho.

LUZBEL. *Hablando.* Si fuera realidad, cien vidas que tuvieras, Amador, te quitaría.

ALVARO Tus ojos son el misterio
Y en él quiero penetrar
Sea para ir a la gloria,
Sea para naufragar.

HURÍ No lo creas,
Son muy negros, pero dulces,
Dí, ¿no es dulce su mirar?
Cómetelos con tus besos,
Si son tu dulce manjar.

ALVARO ¡Ojos bellos, ojos míos!
Quietos así que yo os vea,
Sois dulzura, sois martirio,
Lo que sois, yo no lo sé.

HURÍ Sí, que lo sabes, si,
Trin, tran, traira,
Míralos, tunante, míralos,
Que tuyos son,

Si mis ojos son tu risa,
Trín, tran, traira.
¡Bésalos! ¡Uy... uy...!
¿Qué tienes en esos labios,
que serás mi perdición?
¡Vámonos!

ALVARO. ¡Vamonos!
A vivir o a morir.

HURÍ. Trín, tran, traira.
¡A vivir!

ALVARO. O a morir.

LOS DOS. ¡A vivir! ¡A vivir! *(Vánse).*

PRÍNCIPE. ¡Cien vidas, sí! Y mil, si tuvieras mil. ¿Qué tormentos habrá para hacerte esos ojos olvidar?

HISTORIA. Un bello rincón buscaron
En donde amarse pudieran,
Y un ruiseñor desde lo alto,
Su canción acompañó.
El Trovador se despierta
Encuentra el lecho vacío,
Y el que era manso cordero
Volvióse tigre feroz.
Sus ojos al mundo espantan,
Su alarido el alma hiela,
Y busca sediento y fiero
A quien su amor le robó. *(Sale de escena).*
Los encuentra y una vez
Sintiendo su alma feliz,
Hunde hasta la cruz su daga
En el pecho de Amador,

Que roto su corazón,
¡Era Arlequín!

La Huri despavorida, suelto el cabello, desabrochado el corpiño, cruza la escena.

Se oye dentro grande algarabía de gente que se acerca en tropel. Vase la Historia.

CREACIÓN DE LA MUJER

Adelántandose hacia el lugar por donde llegan.

LUZBEL. ¿Qué bulla esa?

CIRRO. ¡Oh, señor! Sabios, magos y pajes, en confuso tropel llegan aquí.

LUZBEL. ¿Acaso?

CIRRO. ¡Quién sabe!

Salen cinco magos. Uno hace de jefe.

MAGO. ¡Príncipe! Han terminado tus desventuras.

LUZBEL. ¿Qué dices?

MAGO. Que la mujer por tí soñada va a ser: La ciencia de vuestros sabios, unida a nuestro poder, ha logrado reunir los elementos necesarios y una nueva Eva, hermosa cual no lo son las mujeres de la tierra, en vuestros brazos depositaremos. Siglos de misterio han precedido a este momento sin igual desde la Creación. Durante ellos hemos aprisionado los rayos del sol, a la luna le

hemos arrebatado su palidez; sus colores al azabache y al coral; y con esencias de flores, canto de los pájaros y otros elementos que hemos logrado combinar, para tí formaremos en breves instantes a la mujer con que sueñas.

LUZBEL. ¡Oh, si no os equivocaseís! Las puertas de mi reino se abrieran para vosotros de par en par y la alegría, emblema de esta mansión, volvería a reinar en ella.

CIRRO. ¡Qué sea! ¡Que vuelva la juerga en sesión continua!

MAGO. Jamás la Ciencia y la Nigromancia unidas, se equivocaron. Ejército creador, pasa.

Salen Magos, Astrónomos, Sabios y trece Pajes. Uno de estos lleva una preciosa urna de cristal. Los doce restantes un cofrecillo cada uno. El Paje que lleva la urna se dirige al pedestal que hay en el centro de la escena y deposita en él la urna.

El misterio, a empezar va. En esa urna misteriosa se hallan contenidos los elementos de la vida, y esos cofrecillos contienen las gracias con que adornamos a la mujer que para tí vamos a crear.

Pajes, depositad en la urna los preciosos dones de que portadores sois y decid al Príncipe con qué dotes engalanais a la que muy pronto será su esposa.

Los Pajes desfilan ante el Príncipe, le muestran el cofrecillo abierto y yendo a la urna vierten en ella el contenido del cofrecito.

PAJE 1.º Magnolia estilizada que dará forma a su garganta.

PAJE 2.º Pulimento de azabache para el brillo de sus ojos.

PAJE 3.º Brevedad de la dicha para su pie.

PAJE 4.º Para su cabello, rayo de sol.

PAJE 5.º Mármol pulverizado que sus músculos ha de formar.

PAJE 6.º Palidez de la luna para su rostro.

PAJE 7.º Para su voz, trino de ruiseñor.

PAJE 8.º Coral para sus labios.

PAJE 9.º Calma de la noche para su frente.

PAJE 10.º Entraña de volcán, para su corazón.

PAJE 11.º Pulimento de alabastro para su piel.

PAJE 12.º Para sus senos, forma astral.

MAGO. ¿Satisfacen, Príncipe, tus deseos?

PRÍNCIPE. ¡Así! ¡Así es la mujer que yo soñé!

MAGO. ¡Oh momentos sagrados del más grande de los misterios! ¡Postraos! El misterio ha comenzado ya.

Los pajes, una rodilla en tierra. Los demás, inclinados. Las bombillitas del centro de las flores, se encienden y apagan, cual luciérnagas fugitivas, dando la sensación del extremecimiento de la Naturaleza.

El Príncipe pasea nervioso.

Música

CORO. ¡Oh misterio del Amor!
¡Oh misterio sin igual!
De la nada das la vida.
¿Quién comprenderte podrá?
Al influjo misterioso,
De un poder desconocido
Brotan seres de tu seno
Y lo muerto es revivido.

¿Quién comprenderte podrá,
Oh, misterio sin igual?

. . . . . .

. . . . . .

LUZBEL. De coral serán tus labios
De magnolia tu garganta
Rayo de sol tu cabello,
Tu voz ruiseñor que canta;
Alabastrinas tus manos,
Como azabache tus ojos,
De mármol tu carne firme,
Y fuego tu corazón.
Tu frente serena y pura
Breve cual dicha tu pie
Y tú, la mujer hermosa,
Nacida para el Amor.
Mujer bella y deseada
Pronto ven,
Que mi corazón te ansia
Ven mujer.
Serás reina, entre las reinas.
Nace ya.
Siempre yo seré tu esclavo.
Te amaré,
Como mujer no hubo amada
Mi corazón,
Que será siempre cercado
Huerto de amor.

CORO. El rumor de su llegada
Se percibe;
Que un dulce extremecimiento

A todo llega.
De las flores en su seno
Ya palpita,
El misterio con que Amor
Da vida nueva.

. . . . . .

. . . . . .

LUZBEL. ¡Oh misteriosa,
Noche nupcial,
Que temblar me haces
Ya de emoción!
Noche divina,
Llega a mí pronto;
Divina noche, noche de amor.
Los labios se juntan,
Los brazos se enlazan,
De tiernos suspiros
Se escucha el rumor.
Hora misteriosa,
Vida, de la vida,
Que extiende los reinos
Del Príncipe Amor.
Mujer bella y deseada
Pronto ven;
Que mi corazón te ansía,
Ven mujer;
Serás reina entre las reinas
Nace ya.
Siempre yo seré tu esclavo,
Te amará,
Como mujer no hubo amada

Mi corazón,
Que será siempre cercado
Huerto de amor.

Hablando.

MAGO. Acércate, Príncipe. Las flores de esos rosales, que jamás aromas dieron, embalsaman ya el ambiente.

LUZBEL. *Observándolo.* ¡Oh! ¡Sí! ¡Acaso..... acaso?

MAGO. ¡Eva existe ya! Toma mi varita. Pega a la urna con fuerza.

Luzbel toma la varita que el Mago le ofrece y da a la urna un golpecito suave.

¡Fuerte; más fuerte!

Luzbel da otro golpe más fuerte.

Más fuerte. ¡Rómpela!

Luzbel da otro golpe más fuerte y rompe la urna. Obscuro rápido. Al volver la luz, el grupo se ha deshecho y contempla admirado a Eva que se halla sobre el pedestal, cuyo toalet dispondrá el Director de escena, según la localidad. A juicio del autor, malla blanca y amplísimo velo, blanco también.

Tus deseos se han cumplido.

LUZBEL. ¿Qué hacéis que no os movéis? Dejadme sólo.

Vánse todos.

¡Mujer! ¡Mujer divina! ¡Mujer que al Cielo en mis labios nombras! ¡Mujer que blasfemo contra mi padre me haces, abre tus ojos! ¡Mírame! Sean para mi alma luz tus pupilas; alegría la sonrisa de tus labios; ritmo, para mi corazón, el movimiento de tus pies.

¡Mujer! Deja a tu esclavo besar tus pies. *Besa los pies de Eva.*

Abrazado a la estatua. Déjame vivir mi vida, para vivir la tuya. ¿Pero a qué esperas? ¡Sonríeme!

¡Maldición! No hay eco de mi voz en sus oídos. Su corazón... ¡no es corazón!

¡Eva mía! ¡De mármol te hicieron! ¡Poderes todos de la Creación, haced latir ese corazón!

¡Eva! ¡Eva! ¡Tanto te amo que si tus ojos abrieras para mí, me rendiría a Dios!

LA MALDAD. ¡Ja... ja... ja... ja!

LUZBEL. ¿Quién de tal modo se atrevo este lugar a profanar?

MALDAD. ¿Quién puede ser, sino yo?

LUZBEL. ¿A qué vienes Maldad, si yo no te he llamado?

MALDAD. La más fiel, entre tus servidores, está pronta a servirte, apenas vé que en algo puede serte útil.

LUZBEL. Agradezco tus buenos deseos; mas te suplico que en este asunto mío, no pongas tu mano.

MALDAD. ¿Tan mal te fué hasta aquí con mis servicios? ¿Qué fuera de tu reino sin mí? Está bien. Me retiro. Tal vez te pese, no haberme escuchado por una vez.

LUZBEL. ¿Por qué, pues, llegaste burlándote?

MALDAD. ¡Burlarme yo! Provocó en mí la risa el que no vieras lo que tan claro ante los ojos tenías. Encargaste a tus sabios que creasen una mujer, y a fe que no estarás descontento de cómo tu encargo cumplieron.

El hombre más exigente, analizar sus formas puede. Pero... ¿y alma? ¿Pensaste en ella?

LUZBEL. ¡Es verdad!

MALDAD. Quieres que te sonría, que te oiga, que te

mire, que corresponda a tu amor... sin haber un espíritu que esa materia anime

LUZBEL. ¡Desgraciado de mí! ¿Y qué hago?

MALDAD. Espíritus sobran en tu reino. Muchos de mujeres bien hermosas. Elige uno.

LUZBEL. Los que en mi reino están, pecaron contra el Amor. No; no los quiero.

MALDAD. Déjame, pues, obrar a mí y la traeré a la vida.

LUZBEL .Si su alma ha de ser obra tuya... renuncio a su amor.

MALDAD. Pues, voy por un pay-pay y puedes pasarte los siglos haciéndole aire para que esté fresquita. *Hace como si se fuera*

LUZBEL. Espera. Dime ¿qué intentas?

MALDAD. Quiero demostrarte una vez, cuán grande es mi poder. Si quieres que te sirva, me has de conceder, en este asunto, carta blanca.

LUZBEL. ¿Y si me engañas? Te conozco mucho.

MALDAD. La traigo a la vida, he dicho. ¿Aceptas o no?

LUZBEL. *Despues de una duda.* ¡Acepto! ¿Pero ¡ay de tí, si me engañas!

MALDAD. ¡Ja... ja... je...!

La Maldad se despoja de su disfraz y aparece un hermoso doncel. Da sus ropas a Luzbel.

LUZBEL. Pero.....

MALDAD. Anda y espérame.

Váse Luzbel. La Maldad se sienta en el pedestal al pie de Eva y sacando una flauta toca un solo melancólico y triste. Acuden tres hadas: Bondad, Inocencia y Caridad. Tras ellas llega Amor.

AMOR. Desapruebo, chiquillas, por completo el que os atreváis a llegar hasta aquí.

LAS TRES. ¡Amor! ¡No te ofendas!

AMOR. ¿Cómo he de enfadarme yo con vosotras, Bondad, Inocencia y Caridad, si sois las tres flores más bellas que en mi cercado brotais?

INOCENCIA. Hemos oído el triste lamento de ese doncel...

CARIDAD. ¿Y cómo cerrar, Amor, nuestros oídos a él?

BONDAD. Gracias por habernos acompañado. *(A la Maldad).* ¿Qué te ocurre, gentil mancebo, que tan tristes notas das al aire?

CARIDAD. Habla, que si en nuestro poder está el aliviarte, prontas estamos a servirte.

MALDAD. ¡Ay, señoras! ¡Pobre de mí!

AMOR. *(Aparte).* ¡La Maldad! ¿Qué se propone?

MALDAD. Con mi amada salí al rayar el alba, en busca de flores con que tejer una guirnalda para coronar su frente,... cuando al llegar a estos rosales, en estatua, como veis, se me quedó convertida.

INOCENCIA. ¡Pobrecita!

CARIDAD. ¡Qué dolor!

BONDAD. ¿Y qué quieres que hagamos?

MALDAD. ¡Señoras, devolvédmela a la vida!

BONDAD. Poder para hacerlo no tenemos; pero lo solicitaremos de Amor y nos complacerá.

AMOR. *(Aparte).* Las engañó. ¿Qué hacer?

BONDAD. Amor, ¿has oído? Un beso de tus labios suplicamos y un alma con él, que a esa mujer vuelva a la vida.

INOCENCIA. ¡Atiende nuestra súplica!

CARIDAD. ¡Por mi nombre, házlo, Amor!

AMOR. *(Duda un instante y rápido se decide).* Sí; por vosotras lo haré.

(Aparte). Me agrada este lance. Alma pondré a la mujer que para Luzbel crearon. A los dos nos pertenecerá. Veremos cual a cual vence.

(Acercándose a la estatua). Eres bella sin par. Un alma más hermosa aún que tu eurítmico cuerpo, voy a depositar en tí. Pero esa alma que a darte voy, jamás dejará de pertenecerme y será la muy amada por mí desde hoy.

Eva hermosísima: Al calor de mis labios a la vida ven.

Amor da un beso a Eva. Esta abre los ojos desvanecida, admira cuanto ve asombrada y faltándole fuerzas se abandona, sosteniéndola Amor.

Eres mujer; la belleza y el amor han encarnado en tí.

EVA. ¡Amor!

AMOR. Yo soy. Nada en mis brazos temas.

Amor la ayuda a descender y Eva no sale de su asombro, mirando extrañada a las Hadas.

BONDAD. Niña bella, nada temas. Estás con nosotras, Amor nos acompaña y tu amado está aquí

EVA. ¡Me ahogo! ¡Me asfixio!

CARIDAD. El aroma maldito de estas flores, va a desvanecerla otra vez. Saquémosla de aquí.

MALDAD. Gracias, gracias. La llevaré yo.

AMOR. *(Cogiendo a la Maldad y llevándola aparte).* Si vuelves a desplegar tus labios, me conocerás, Maldad.

MALDAD. *(Al verse descubierta).* ¡Eh?

AMOR. No me ha vencido tu astucia. Hícelo así,

porque me plugo y de ello satisfecho estoy. Prepárate a luchar. Sal de aquí.

La Maldad, recorosa, lenta, haciendo mutis, desaparece.

BONDAD. ¿Vamos Amor?

AMOR. No. Para tí mi predilecta desde hoy, yo transformaré este jardín.

¡Lirios, margaritas, girasoles, flores todas que gala sois de mis pensiles, brotad a mi voz!

Música

Obscuridad completa, quedando iluminado el pedestal.

Del interior de este sale una señorita representando una flor. Ya en el pedestal, gira sobre sus pies y desciende, quedando en la obscuridad, Cada una descenderá en distinta dirección. Aparecen sucesivamente:

1.ª Girasol. 2. Heliotropo. 3.ª Margarita. 4.ª Rosa. 5.ª Pensamiento. 6.ª Lirio blanco. 7.ª Clavel. 8.ª Crisantemo. 9.ª Magnolia. 10.ª Jazmín y 11.ª La Primavera.

Durante la salida de las Flores, el decorado ha cambiado representando ahora un inmenso montón de flores.

Por cada flor que salió del pedestal hay en escena, tres, cuatro, cinco, las que sea posible.

PRIMAVERA. Bellas hijas de la Primavera, creced y multiplicaos.

Toda luz. Eva, Hadas y Amor forman grupo a un lado.

CORO DE FLORES. Al beso amoroso
Que el sol y la tierra
Cual tiernos amantes
Sedientos se dan,
Brotamos las hijas
De la Primavera,
De colores llenas,
Bellas sin igual.

PRIMAVERA. Soy el Hada Primavera
Lo más bello de la vida.
Soy fuego, soy ilusión.
Y son las flores mis hijas.

PRIMAVERA Y CORO Somos esmalte en el prado
Somos gala en los pensiles,
Y de aromas deliciosos,
Embalsamamos los aires.
Somos la prenda más grata
Para la mujer hermosa,
Y en su pecho palpitamos
Trémulas por la emoción.
Somos flores; de la vida
Encerramos la ilusión.
Somos flores que adornamos
Los pensiles del amor.

Desciende la Primavera que se une a las otras Hadas. Todas a Eva.

Eres flor entre las flores
Eres la mujer hermosa,
La reina de los pensiles,
Tuyas son las flores todas
Flor es tu boca

Flores tus ojos,
Flores tus manos,
Flores tus pies.
Aroma tu aliento
Búcaro tu pecho,
Reina de las flores,
Eres tú, Mujer.
En tu pecho guardas,
Una flor divina;
La flor más hermosa;
La flor del amor.
Cual prenda preciosa,
Guárdala en tu pecho,
Para el elegído,
De tu corazón.

EVA

Flor divina del amor
Que en mi pecho ya brotaste,
Como joya delicada,
Siempre yo sabré guardarte.
En tu cáliz misterioso
La emoción yo guardaré;
Del aroma de tus pétalos
La esencia respiraré.
Flor misteriosa,
Tierno capullo,
Duerme en mi pecho,
Duerme al arrullo,
De mis canciones,
De mis suspiros.
No te despiertes
Tesoro mío.

HADAS. Cuando un hombre te suplique,
De tu flor el suave aroma,
Piensa que es el gran tesoro,
Que avara debes guardar.
Piensa siempre en que los hombres
Deshojan las flores bellas,
Y la flor que es deshojada,
Aroma no vuelve a dar.
De súplicas no te fíes
Guárdala;
Que si aspirarla los dejas,
Pasarán
Y sus pétalos marchitos
Pisarán.

AMOR. Yo soy jardinero;
Yo la cuidaré,
Para un hombre digno
Yo la guardaré,
Que esa flor tan bella
De tedio muriera,
Si un amante tierno,
Riego no lo diera.
Mis consejos sigue
Que soy jardinero y
Tu pensil hermoso
De cuidar entiendo.

TODOS. Flor misteriosa,
Tierno capullo
Duerme en su mi pecho
Duerme al arrullo
De $\frac{\text{mis}}{\text{sus}}$ canciones

De mis / sus suspiros,
No te despiertes.

EVA. ¡Tesoro mío!
No te despiertes
Hasta que Amor,
Abra el estuche
Del corazón.

Vase el Coro de Flores.

Hablando.

BONDAD. ¿Vamos, Amor?

AMOR. Id. Me reuniré con vosotras al instante.

HADAS. *Vanse las Hadas.* Adios, Eva.

EVA. Se van.....

AMOR. Sí. Es preciso que así sea. Yo también marcho, pero nunca te abandonaremos.

La Maldad en su propio traje, merodea el jardín.

Y antes, óyeme Eva: Por tu hermosura sin igual, codiciada serás por los hombres que verterán en tu oído palabras sin fin, jurándote amor. Desoye su canto de sirena y a nadie creas en su rendimiento. Espléndidos palacios, preciosas joyas, que deslumbrarán tus ojos, rendidos te ofrecerán. Nada aceptes. Encerrada en una torre de marfil desecha cuantas asechanzas te cerquen. Vive tranquila esperando a que un impulso mío incline tu alma hacia el hombre que para tí, yo elija.

Lo conocerás en que ante tí bajará los ojos; su voz al pronunciar tu nombre, la percibirás velada por la emoción; al pasar a tu lado un leve desvanecimiento invadirá su ser. Cuando a este hombre ponga yo junto a tí, ámale con todas las fuerzas de tu corazón.

EVA. Esclava seré en el cumplimiento de cuanto me ordenas.

AMOR. Y como último consejo mío, guarda muy bien el primer beso.

EVA. ¿El primer beso? ¿Y qué es un beso?

AMOR. Un beso..... un beso es..... ¡míralo!

Señalando dentro.

EVA. *(Observando).* ¡Oh! Entrelazan sus brazos; juntan sus labios..... Vienen.

AMOR. Escondámonos y lo verás mejor.

EVA. ¿Porqué? ¿Es malo?

AMOR. No. Pero soy tan avaro de mí mismo, que quiero vivir sólo de mí.

Ocúltanse entre los macizos, de forma que queden a la vista del público.

Salen seis mariposas. Tres de ellas representando los machos llevan antenas y alas grandes y de colores oscuros. Las otras tres que representan las hembras alas y antenas pequeñitas y de colores claros. Tras ellos sale una preciosa pareja Luis XV.

PANTOMIMA DEL BESO

Al compás de la música los machos giran en torno de las hembras. La pareja Luis XV avanza y se sitúa en el pedestal.

En un momento dado, cesa la música, las mariposas y la pareja se dan un beso, quedando estáticos en el beso.

EVA. ¡Oh!

AMOR. Ven; lo verás más cerca.

Saca a Eva de la mano.

Si a dos corazones abrasa la fiebre,
Y buscan ansíosos remedio a su mal;
Si no quieres pronto mirar como caen,
Cual tallos truncados por fiero huracán:
Mira eso;
Llévales pronto el remedio
De un beso.

Ocúltanse de nuevo; repítese la pantomima; al volver al beso, los grupos serán en distinta posición que la vez anterior.

Salen de nuevo Eva y Amor.

Si ves unos ojos que extraviados miran,
Buscando otros ojos que errantes no encuentran
Si no quieres pronto mirar como mueren,
Su luz apagando, los que lucero eran:
Mira eso;
Llévales pronto el remedio
De un beso.

Repítese la danza tercera vez.

Si ves unos labios que anhelantes buscan
La fuente divina que apague su sed,
Si no quieres pronto mirar que se cierran
Marchitos y lacios, cual mustio clavel:
Mira eso;
Llévales pronto el remedio
De un beso.

Mientras mariposas y pareja marchan.

Si quieres la vida cual senda de flores
Henchidos tus labios de eternas sonrisas,
En las horas tristes y en las horas dulces,
En las amarguras y en las alegrías,
Del hombre a quien quieras, del hombre que tu ames
Con tus besos cura siempre las heridas,
Recuerda eso;
Llévale siempre el remedio,
De un beso.

Adios, Eva.

EVA. Adios, Amor.

MALDAD. Arregladita estás si dejas que tu vida sea gobernada por tan imbécil doncel.

EVA. *Algo asustada por el aspecto de vieja fea de La Maldad.* ¿Quién sóis?

MALDAD. No te importe. Bástate saber que antes de que Adán existiese ya era yo, y que me preocupo por tu suerte.

¡Ja... ja... ja... ja! Ese jovenzuelo, sólo sabe inspirar cánticos a la Luna. Y no he visto uno sólo que le siga y pese más de los cincuenta quilos. ¡Ja... ja... ja... ja!

EVA. He prometido obecerle.

MALDAD. Ese es el secreto de tu triunfo. Promete y ríete de lo prometido.

Además no tienes derecho a elegir amante, porque antes de nacer destinada has sido ya para un príncipe, cuya grandeza no pueden igualar, los reyes de la Tierra.

EVA. ¿Yo?

MALDAD. Las maderas más preciosas; los más ricos metales; las joyas más inverosimiles; han sido reunidas en la cámara nupcial preparada para tí. Cuanto puedas soñar

y apetecer, lo conseguirás con un sólo acto de tu voluntad, porque el poder de tu prometido es inmenso.

EVA. Y ese príncipe es.....

MALDAD. ¡Luzbel!

Aparece Luzbel y váse La Maldad. Eva horrorizada, huye de él.

EVA. ¡Oh!

Música

Durante este dúo Luzbel persigue a Eva que siempre huye.

LUZBEL. ¡Eva hermosa! ¡Encanto mío!
¡Oh mujer por mí soñada!
¡Cuántos siglos ha que te amo!
¡Cuántos que te deseaba!
Con mis brazos te ofrezco
Dulces cadenas
Que de flores las hice.
Para tí sean
Dulce reposo
Donde encuentres la dicha
Y eterno gozo.
De tus labios ardientes
Dame los besos,
Por mí tan suspirados.
Amante quiero
Siempre adorarte,
Que los siglos serán breves,
Para yo amarte.

EVA. De mis labios dulces besos

Dar no puedo.
Tus amores infernales
Yo no quiero.
Libre deja al corazón,
Para que él ame,
A aquel hombre que la suerte
Le depare.

LUZBEL. Para mí fuíste creada.
Para mí al mundo víniste.
Y los besos de tus labios
Para mí tienen que ser.
Al nacer ya eres ingrata,
No merezco tus desdenes
Que mi amor te trajo al mundo
Y para mí debes ser.

EVA. Los besos de mis labios
Nunca tu beberás.
Jamás mi corazón
Tuyo será,
No fueran besos dulces
Los besos que te dieran:
Pues que sólo caricias
Vendidas fueran.
Venderlas yo no quiero.
A mí renuncia, pues,
Ya que tu ruego es vano;
No te amaré Luzbel,

LUZBEL. Eva hermosa, yo te adoro
Como nadie supo amar.
Solo al pensar en tus besos
Mi pecho es fiero volcán

Que me consume.
Se buena y a mis labios
Los tuyos une.

EVA. No..... no..... no.
No puedo yo quererte.
De tu amor
Saber yo nada quiero
Déjame,
Que inútil es tu ruego,
Tu pasión
Nunca corresponderé,

LUZBEL. No me iré,
Que los besos de tus labios
Beberé,

EVA. No..... no..... no.

LUZBEL. Beberé,

EVA. No..... no..... no.

LUZBEL. Sí..... sí..... sí.

EVA. No..... no..... no.

LUZBEL. Sí..... sí..... sí.
Yo los besos de tus labios
Beberé.

TELÓN

Acto Segundo

Amor vence a Luzbel

PERSONAJES

EVA
LA MALDAD
ELOISA PETROVOLSQUI
FANY
JULITA
MARY
NATI
ROSITA
ANGELINES

LUZBEL
EL AMOR
ALBERTO
RICARDO
JULIO
ENRIQUE

LUIS
CARLOS
LUISITO
EDUARDO
PIERROT

TROUPE ALBANESA
ARLEQUINES, COLOMBINA y PRÍNCIPE
FIGURINES DE MEDIAS
CORO DE ENAMORADOS
VIRTUDES
PECADOS CAPITALES
DIABLOS Y DIABLILLOS
VIEJOS ENANOS, Gomnos

DECORACIÓN.—Jardín en el suntuoso palacio de los de Guzmán. En el fondo artística verja con puerta abierta. Angulo derecha del actor, gran vestíbulo y escalinata. Un banco izquierda segundo término, colocado en posición horizontal a la batería. Más detalles a gusto del Director.

Es de noche. Jóvenes en tanto número como sea posible (las señoritas, de caballero) y vistiendo de rigurosa etiqueta, forman grupos que conversan animadamente.

Alberto, Ricardo y Luis forman grupó en primer término. Enrique, Carlos y Julio forman otro.

ALBERTO. Amigos míos, hay que confesar que los de Guzmán, organizan sus fiestas como nadie.

RICARDO. Efectivamente. Nadie consigue reunir en sus salones un número de invitados semejante al que ellos.

JULIO. Sí; pero no me negaréis que no son precisamente ellos, a pesar de su imponderable exquisitez, quienes los atraen.

RICARDO. Desde luego; es ella.

JULIO. Justo. Ella. Esa mujer fascinadora, envidia de todas las mujeres y desesperación de todos nosotros. Podemos apostar a que tiene tantos pretendientes, como como hombres nos hemos reunido aquí esta noche.

ALBERTO. Es ésta la única casa a cuyas fiestas acude. *Mirando al reloj.* Y hoy Eva tarda más de lo ordinario.

RICARDO. Confieso que hermosa lo es sin par; pero no es aún a su belleza, a quien debe esta adoración que le profesamos. Es más bien, a su conducta extraña, al misterio en que envuelve su vida y todos sus actos.

Yo he oído algnnos comentarios, que si estuvieramos en la Edad Media, la llevarían a la hoguera.

JULIO. En nada de cuanto se murmura creo. Lo que creo sí, que es muy hermosa.

ALBERTO. ¡Si es hermosa!

JULIO. Además esta noche tenemos otro suceso sensacional.

ALBERTO. ¿Cuál?

JULIO. Anda este, y pregunta eso. Pues hace quince días que la prensa no se ocupa de otra cosa.

RICARDO. Exagerao.

ALBERTO. Confieso que...

JULIO. ¡Pero es posible? Y no sabes que esta noche nos deleita con sus primicias la célebre e incomparable artísta Eloisa Petrovolsquí que mañana se presenta al público de esta corte?

ALBERTO. ¿Ella? ¿Eloisa aquí?

JULIO. ¿También la conoces? Lo celebramos porque supongo no hallarás inconveniente en presentarnos.

(Continúan hablando).

ENRIQUE. ¡Asombroso, chico! Triplicado el diez y siete. Cuarenta y dos mil pesetas en seis minutos. Ahora que tu Clarita necesita que te lo tripliquen todos los días.

LUIS. Esa muñeca es el mismísimo diablo. ¿Qué os parece que se ha enredado ahora entre los rizos de aquella cabecita?

CARLOS. Tú dirás.

LUIS. Dar la vuelta al mundo en aeroplano y sin aterrizar.

LOS DOS. ¡Tableau!

Movimiento de curiosidad entre los grupos. Llega

la Troupe Albanesa. Reverencias, saludos, etc., etc. Componen la troupe tres caballeros y tres señoritas en traje de su país. Al distinguirla, Alberto se adelanta saludando a Eloisa.

ALBERTO. ¡Eloísa divina!

ELOISA. ¡Alberto! ¿Tú aquí?

ALBERTO. ¡Sí! La suerte fué tan benigna conmigo que me ha deparado la dicha de este momento.

Tres meses de licencia que ya se terminan y que hubieran sido tres segundos a tu lado si antes vienes.

ELOISA. Romántico como siempre y ¡español! Sois deliciosos, chico. Y Sarita, ¿qué hace en Londres?

ALBERTO. Volviendo locos a los ingleses... Un año tan sólo, sin que el éxito disminuya y se trae el Banco de Inglaterra.

ELOISA. ¡Es muy linda!

ALBERTO. *(Meloso).* Pero no al lado de la hija de la selva de los Balkanes.

ELOISA. Chico, estás chiflado con esa canción.

ALBERTO. Lo confieso, «Recuerdo de Albania» me hipnotiza. En esas horas tontas que todas tenemos; cuando el tedio quiere invadirme, yo mismo me acompaño al piano y cantándola siento un bienestar indecible, algo que me adormece y sueño... sueño... y veo una mujer muy hermosa que danza ante mí... oigo una voz dulcísima... y viéndote soy feliz.

ELOISA. ¡Españolísimo! ¡Ja... ja... ja...!

ALBERTO. No te burles. ¿Quieres cantarla? Si lo haces, hago yo tu pareja.

ELOISA. ¿Aquí?

ALBERTO. Aquí.

ELOISA. Lo quieres... y tú gusto es mío.

A la troupe acompaña un ayuda de cámara que lleva un gran maletín. De él requiere Eloisa y los suyos sus panderetas, Eloisa y las dos señoritas, panderetas chiquititas. Ellos grandes. Uno de ellos, el que se supone hace pareja con Eloisa, queda al fondo. Su puesto (sin pandereta) lo ocupa Alberto. Las otras dos parejas de albaneses, una a cada lado, no evolucionan; sólo acompañan a Alberto y Eloisa.

Música

RECUERDO DE ALBANIA

ELOISA. ¡Albania, Albania!
¡Reina de los Balkanes,
Patria mía!
Tus selvas fueron mi cuna
Y los ruiseñores las campanas
Que alegraron mi vida al nacer.
¡Albanés! ¡Albanés!
Príncipes y reyes
A mis pies se arrodillan;
Sus tesoros me ofrecen
Y rendidos suspiran;
Pero yo a tí te veo,
Y hacía tí vuela mi alma.
¡Albanés! ¡Albanés!
Cuándo en la selva virgen,
Tus besos recibiré.

Eloisa danza. Alberto tras ella.

ALBERTO. ¡Albanesa!
Princesa de hermosura,

Que recorres el mundo
Triunfando con tu risa:
Un momento detente,
Y esas glorias mundanas
Para escucharme olvida.

CORO. ¡Albanesa!
Princesa de hermosura, etc.

ALBERTO. *(Sujetando a Eloisa y obligándola a que le escuche).*

La selva donde naciste
Desde que te fuiste llora
Ni cantan los ruiseñores
Ni hacen nido las alondras,
Vuelve, sí,
¡Princesa!
Que la selva por reina
Te quiere.
Si no vienes
Tu amante y la selva
Se mueren.

ELOISA. ¡Albania! ¡Albania!
Reina de los Balkanes, etc.

CORO. Las selvas fueron su cuna, etc.

ELOISA y CORO. Y los ruiseñores las campanas
Que alegraron su vida al nacer
(Sigue hasta recibirá).

ALBERTO. Las alfombras que los reyes te tienden
Son más duras que el suelo de la selva;
Y las piedras preciosas que te ofrecen
Qué son, si volvieras los ojos, princesa.

En la selva ponte,
Y hacia el cielo mira.
¿Recuerdas? ¿Recuerdas?
¡Luceros! ¡Estrellas!
¡Todas las grandezas
Sólo son mentiras!
Vuelve, vuelve
Vuelve a la selva
Albanesa
Princesa.
Que la selva por reina te quiere,
Si no vuelves
Tu amante y la selva
Se mueren.

CORO. ¡Vuelve sí!
TODAS ¡Princesa!
Que la selva por reina
Me / Te quieren.
Si no vuelves
Tu / Mi amante y la selva
Se mueren.

JULIO. *Hablando.* Esta mujer subyugará a cuantos públicas se presente.

RICARDO. Es una artista extraordinaria.

ALBERTO. *Presentándolos a Eloisa.* Mis buenos amigos, Julio de Gomara y Ricardo Monterisco. Ellos te acompañarán y yo seré con vosotros al instante.

ELOISA. ¿Te quedas?

ALBERTO. Unos segundos.

ELOISA. Hasta luego, pues.
ALBERTO. Adiós.
La troupe váse, entrando en Palacio.
¡Qué compromiso! ¡Si Eva no viniese esta moche.....!
Se oye un auto que para.
¡Ya está ahí! ?Podría darla celos con Eloisa.....!

Rumor en escena. Los invitados forman dos hileras perpendiculares a la batería por enmedio de los cualesa vanza Eva magestuosa. Antes se oyó el rumor: !Eva! ¡Ella! !Ya viene! ¡Ella es!

Música

CORO DE ENAMORADOS

Eres bella y elegante
Cual ninguna,
En tus ojos luz de fuego
Puso Amor.
Es tu boca
Clavel rojo y encendido
De pasión.
Míranos
Ya que todos te ofrecemos
Nuestro amor.

EVA. De amores yo no entiendo;
De amor yo nada sé;
Ni anhelo conocerlo.
Ni de él quiero saber.
Dicen que los que aman sufren
Y si amar tan solo eso es,

Yo de amor saber no quiero,
Que felíz mi alma es sin él.

CORO. Amores te ofrecemos
Bella hechicera,
Amores que son mieles,
Que son la esencia
De aquellas flores
Que en el jardín del alma
Tienen sus brotes.
Déjale franca la entrada
A mi amor que el tuyo busca,
Que cuando del amor sepas,
Dichosa serás cual nunca.

EVA. Amor es un tirano
Déspota y cruel.
Que aprisiona a las almas
Que no huyen de él.
¡Ser libre quiero!
Por eso a los amores
Hurto mi pecho.
Es bella la jaula de oro
Que aprisiona al ruiseñor
Como son bellas las redes
Con que aprisiona el amor.
Pero canta más alegre
De la fronda en la enramada.
Libre como el ruiseñor,
Libre ser quiere mi alma.

CORO. Eres bella
Pero más que bella ingrata.
Tu hermosura

Se marchitará cual planta
Que sin riego,
Los rigores del sol matan.

EVA. Cantad vuestros amores
A otras doncellas,
Que ardientes cual vosotros
Y amantes sean.
Yo a nadie haría
Felíz, aunque atendiese
Vuestra porfía.

CORO. ¡Mujer sin corazón!

EVA. Corozón tengo.

CORO. ¡De mármol bella estatua!

EVA. Amar no puedo.

CORO. Tus labios mienten.

EVA. Tal vez mientan los vuestros
¡Habrá insolentes!

Eva enojada y despectiva sube la escalinata y entra. El Coro váse tras ella.

ALBERTO. Esas palabras constituyen para ella una ofensa que yo no puedo tolerar. Los desafiaré a todos.

RICARDO. ¿Hasta nosotros?

ALBERTO. Sí las manteneís, sí.

JULIO. Había de ser esa mujer la que diese lugar a esto.

ALBERTO. Ha sido una grosería incalifícable. Es ella muy dueña de hacer lo que le plazca. ¿O es que ha de querernos a uno por fuerza?

RICARDO. Chico, chico, no vengas ahora tú a colocarnos un sermón.

ALBERTO. Si fuerais caballeros os indignaríais? como yo.

RICARDO. Está bien.

JULIO. Pues mira ya que en ese terreno te colocas, voy a decirte yo también, así clarito, lo que pienso.

Sospecho que pretendes darnos a todos la zancadilla. La crees ofendida... quieres ser su vengador... uno, dos, veinte duelos,... uno, dos, veinte disparos a la luna y Alberto que se cree con derecho, primero a la simpatía y luego al amor de Eva. Admirable, chico. Es todo un plan estratégico.

ALBERTO. ¿Has concluído?

JULIO. Sí.

ALBERTO. Está bien. Eres tú quien lo ha dicho. Hubieran sido otros labios...

JULIO. Trágico, sí hombre, sí; el asunto vale la pena.

RICARDO. ¿Y esto está bien entre nosotros y por.....

ALBERTO. Dejadme os lo ruego. Reíros de mí. Pero lo confieso: estoy profundamente enamorado de esa mujer.

RICARDO. Pues por nosotros libre tienes la plaza. Celebraremos que seas tú quien rinda esa fortaleza, hasta hoy inexpugnable.

JULIO. Pero, ahora, anda vamos al salón, que Eloísa te espera.

ALBERTO. Id vosotros. Dejadme os lo ruego.

JULIO. ¿Y serás capaz de ponerte tonto?

ALBERTO. ¿Queréis que os pida otra vez que me dejéis?

JULIO. No! no he dicho nada. Está romántico y...

ALBERTO. Estoy.....

JULIO. Que no he dicho nada, repito.

Vánse Ricardo y Julio.

ALBERTO. ¿Pero es posible que haya estado a punto de reñir con mis mejores amigos?

¿Qué es ésto? ¿Qué es lo que pasa en mí?

Tres meses ha que llegué de Londres... ví a esa mujer... y yo, ya no soy lo que fuí.

Miro y sólo sus ojos veo...; hablo y sólo su nombre pronuncio.....

¡Alberto! ¿Será verdad que el hechizo existe? ¿Es esto lo qne los románticos sintieron?

Una sola vez suspiró junto a mí y aquel suspiro casi desvaneció mi ser.

¿Es esto amor?

LA MALDAD. *(Junto a él).* ¡Ja... ja... ja... ja!

ALBERTO. Señora: Contenta en verdad llegáis y no seré yo quien os desee pena alguna.

MALDAD. ¡Ja... ja... ja... ja!

ALBERTO. Reíd a vuestro sabor. Mas supongo que vuestra presencia en este sitio, no tendrá sólo por objeto, vuestros ¡ja... ja... ja!

Puedo saber quien me dispensa el honor de escucharme y las causas que os producen tanta hilaridad?

MALDAD. Me río de tí.

ALBERTO. No está mal. Pero ved...

MALDAD. Y de tu amor.

ALBERTO. Mirad...

MALDAD. Y de las ilusiones que te haces.

ALBERTO. Pero ved...

MALDAD. De que Eva te ame.

ALBERTO. ¡Vive Dios!

MALDAD. ¡Ja... ja... ja...!

ALBERTO. Enmudece ya o te arranco la lengua. ¿Quién eres y a qué vienes? O sin guardarte los respetos que como mujer te mereces, a empellones te echaré de este jardín.

MALDAD. Peor para tí. Para tranquilizarte vengo; si me echas...

ALBERTO. Pues sí que es original vuestra manera de presentaros. Despachad pronto, si algo teneis que decirme, que vuestra presencia me crispa ya los nervios.

MALDAD. Calma, hijito, calma. Vengo a decirte que esa mujercita a que tanto hipo te produce, no puede ser para tí, y no lo será. Tiene ya dueño ese corazoncito ¿oyes?

No abras tanto los ojos, que suelto el trapo otra vez. Tiene ya su dueño y es... ¡ay, quien es!... Pobrecito de tí, si descubre que la pretendes.

Porque me eres simpático, vengo a decirte que abandones tu empresa. No te veas cogido del cogote y batiendo el record de la velocidad.

Nada más. Quedas avisado, eh? Adios, Albertito.

ALBERTO. *(Sujetándola).* De aquí no saldrás si tu relato no completas.

MALDAD. Me haces daño. ¡Ja... ja... ja... ja!

ALBERTO. ¿Te hago daño y te burlas?

MALDAD. ¡Ay, sí! ¡Ja... ja... ja!

ALBERTO. ¿Quién eres, dí? ¿Acaso la Maldad misma?

MALDAD. Tienes talento, muchacho. Bien elegiste tu carrera. Buen diplomático harás.

ALBERTO. ¿Y te marcharás burlándote?

MALDAD. Guarda bien lo que te he dicho. ¡Ja... ja... ja... ja! *(Váse).*

ALBERTO. ¿Pero es posíbte que pueda contener mis nervíos y aguantarlo todo?

¿O es que Amor ha hecho de mí una mantequíllu y ha de ser así a la fuerza?

Bueno. Yo estaré o no estaré enamorado; pero pullas, no aguanto ni una más, sea quíen quiera el que pretenda dármelas.

Nati, Fany, Julita y Mari. Estas muchachas visten respectivamente de Colombina, Arlequín, Pierrot y Príncipe. Envueltas en elegantísimos abrigos, salen, no por la escalinata, sino por detrás del palacio y al ver a un hombre en escena quedan contrariadas.

FANY. ¡Un hombre!

JULITA. ¡Vámonos!

NATI. ¡Qué contrariedad!

ALBERTO. *(Reconociéndolas).* ¡Fany!

FANY. ¡Primito!

TODAS. ¡Alberto!

FANY. Chico, qué te haces aquí tan solo, cuando todo el mundo anda por los salones que bebe los vientos?

JULITA. Alberto la que has armado. Una revolución espantosa. Saben que los quieres desafiar y hay ya veinte voluntarios para batirse contigo.

MARI. Te has captado la antipatía universal.

NATI. Ya no es Alberto. De hoy en adelante es Don Jaime el Conquistador.

JULITA. Es poco. Julio César: Llegó, vió y venció.

TODAS. ¡Ja... ja... ja!

FANY. Por eso le encontramos tan solo. Esto es el paraíso y en él espera a Eva nuestro reverendo padre Adán.

TODAS. ¡Ja... ja... ja... ja!

ALBERTO. Muchachas, por favor...

FANY. Y la rastra de corazones que has dejado en Londres?

JULITA. Bien aprovechados van a ser los tres meses de licencia que te concedieron.

MARI. Cuando vuelvas a la embajada. ¿Te la llevas?

TODAS. ¡Ja... ja... ja... ja!

ALBERTO. ¿Qué pretendéis? ¿También vosotras?

FANY. Sí, chico; también porque esto es ya hacer el ridículo. ¡Pretender desafiar a todos!

MARI. Y todo por una mujer que nadie sabe...

ALBERTO. ¡Ea, basta!

FANY. Primito, por Dios, no nos asustes. El que quiere a una mujer, tanto como tú a esa, algo debe sufrir por ella. El amor, sin algún pequeño incidente, es empalagoso.

ALBERTO. Bueno, dejad eso ya. ¿Adonde vais así?

Levantando el vestido y descubriendo el traje de Arlequín.

FANY. Hablas con Arlequín. Hemos representado una fantasía titulada «La muerte de Pierrot...» que si la hubieras visto.....

NATI. Por cierto que nos han aplaudido a rabiar..... Pero no estabas tú.....

ALBERTO. Sed buenas y repetidla para mí.

FANY. No es nada lo que pides. En fin te la explicaré. Algo de ella te conviene. Ven.

Llévalo a un banco donde se sientan y Fany principia su relación.

LA MUERTE DE PIERROT

Por medio de gasas tendidas ante los objetos que han de ocultar, desaparece la escena y se convierte en una noche purísima de verano.

La noche sobre la naturaleza tendió su manto.

La eterna enamorada de Pierrot en el espacio se multiplicaba.

En lo alto avanzan seis medias Lunas, en cada una de las cuales hay una señorita recostada.

Y los astros que a la Reina de la noche en su peregrinación acompañan, los rostros de las mujeres más hermosas, en noble pugilato representaban.

Van apareciendo estrellas, que llevan dibujados rostros preciosos de mujer.

Pierrot aparece y el mágico espectáculo extasiado contempla.

Una senda busca para escalar los cielos.

Y el hado, que con una mano tiende al hombre la felicidad y con otra se la arrebata, ante él tiende, de montañas una escala.

Ha salido Pierrot, con su mandolina pendiente del hombro. Contempla el Cielo y quiere alcanzar una Luna. Asombrado ve que ante él se levanta, apareciendo, un montículo blanco como si estuviese cubierto de nieve. Pierrot sube a él y al llegar a la cima el montículo crece y se convierte en montaña y así suce-

ivamente hastá terminar en un picacho, al cual se ncarama Pierrot, pero desde donde no puede coger na de las medias lunas.

Sube Pierrot... sube... sube... y sus deseos a conseguir o alcanza.

Siendo vanos sus esfuerzos, el eterno soñador, ya que o puede gozar la materia,... al espíritu canta.

Tañendo su mandolina y a los astros:

IERROT. Luna
Pálida y triste como yo
Para tí
Astro de la noche
Es mi canción.
Cúbreme
Con el blanco sudario
De tu amor.

Hblando.

FANY. Desde el reino donde la envidia no existe, los randes soñadores lo contemplan.

Y el melancólico Becquer y el desesperado Espronceda el hierático Heine y el dulcísimo Musset, uniendo su voz la del divino Beethowen y a la del diabólico Paganini, umentado su coro por los que grandes amadores fueron, Pierrot, se dirigen. Oyelos:

Música

Coro dentro.

Eres Pierrot el soñador eterno.
En tu alma sólo cabe dulce amor,
No piensas que es mujer tu Colombina;

Te fías de Arlequín que es un traidor.

Sale Colombina abrazada por el Príncipe devolviéndose mutuamente las caricias y los besos.

A divertir al Príncipe vais todos
Y a Colombina ciega su grandeza,
De sus besos le otorga los favores
Mientras sigues cantando tus querellas.

PIERROT. Luna
Pálida y triste como yo.
Cúbreme con el blanco sudario
De tu amor.

Coro de Arlequines, que diabólicos ocultan a Colombina y al Príncipe.

CORO. *Dentro.*

Y Arlequín al que crees buen amigo
Goza al ver la traición de Colombina,
Y su lengua que es dardo emponzoñado
A traición y vilmente te asesina.

PIERROT. Para tí astro de la noche es mi canción.

ARLEQUINES. ¡Ja... ja... ja... ja...!

PIERROT. *A ellos.* ¡Arlequines!

A esta voz los Arlequines huyen y la noche desaparece. Retíranse rápidas las medias lunas y los astros y se hace el efecto de un amanecer. Colombina y el Príncipe sentados al pie del monte se enamoran y Pierrot, los ve, buscando por donde bajar; pero no puede.

¡Oh!

Mímica desesperada de Pierrot. Tras algunas muecas, cae muerto sobre la montaña.

ALBERTO, FANY, etc. ¡Oh!

El Príncipe y Colombina huyen. Alberto sube a la cumbre, levanta un poco a Pierrot y ve que muerto, le cae.

ALBERTO. ¡Pobre Pierrot!

CORO. ¡Pobre Pierrot!

TODOS. ¡Pobre Pierrot!

Desciende Alberto de la montaña. Esta se derrumba y vuelve la escena a su estado anterior. Toda luz.

NATI. ¿Te ha gustado?

ALBERTO. Mucho. Y vuestra fuerza descriqtiva me ha hecho verla real.

MARI. ¿Vienes? El baile ha empezado ya.

ALBERTO. Os acompaño.

FANY. Te ofrezco el primer baile.

NATI. Y nosotras los sucesivos.

ALBERTO. Acepto encantado.

FANY. Ya sabes primito a lo que te expones?

ALBERTO. ¿A qué?

FANY. Pues a que acaparado por nosotras, esta noche no bailes con ella y por consiguiente no hay conquista.

Ya sabes que el primero del cual Eva acepte un baile, es por que es ya su elegido ¿y prueba de ello que hasta hoy con nadie ha bailado.

ALBERTO. Eso dicen, pero hacedme el favor de hablar de otras cosas. Ea, vamos.

Vánse todos. Amor sonriente y contento.

AMOR. Estoy contentísimo. Ya sabía qo que no habría de arrepentirme al elegir a Alberto para Eva.

Si esos hombres mujeriegos, juhadores, calaveras, bebedores..... son un primor ¿llegas muy quedo... y tín tín a

su corazoncito... y ya puedes entregarles la mujer, más mujer, entre todas las mujeres... que sabrán hacerla felíz.

Pero esos otros berroqueños, imposible de mover aunque encontrases el punto de apoyo fuera de la tierra... esos pollos... lo que decía un baturro: Pa con tomate.

A pesar de su fogosidad, ¡con qué calma sufre por ella

Y pronto ha de ser suya, si la victoria ha de ser nuestra.

Luzbel pierde terreno cada día, cada hora.

El se da perfecta cuenta y desesperado apura cuantos elementos tiene a su disposición.

Y esta noche la batalla va a ser grande; tal vez la difinitiva.

Observo un movimiento en los suyos...

¡Mejor! Tampoco a nosotros han de faltarnos medios y cuanto antes salgamos de esta lucha, antes venceremos, si el triunfo ha de ser mio. *Vase.*

De palacio salen Rosita y Angelines. Tras ellas Eduardo, inglés y Luisito, andaluz. Los cuatro han rebasado los sesenta años, pero hacen pugilato en afeites y juventud presuntuosa.

ROSITA. Lo ingleze ze me han metío, hasta el úrtimo rinconsito e l'arma. Y Eduardito aún ha encontrao rinconzito ma adentro.

ANGELINES. Y que tiene mas miradítas para tí, que son saetas.

ROSITA. Ezo e educasión; porque a tí te pone banderiya e fuego.

ANGELINES. No hijita. Mi tipo es de Andalucía.

ROSITA. Mi primo.

ANGELINES. Pero si Luisito es tan exagerao.

ROSITA. Como que zu paizano lo yaman de eza manera: Er exagerao. Conque dime tú.

ANGELINES. Al inglés nos lo está volviendo loco. Me contaba que mató un novillo y para ponderar lo grandes que tenía los cuernos, me decía que tenía mas pitones que el santo patrón de los maridos engañados.

ROSITA. Pero tambien tienen abogao en er sielo ezo zeñores.

ANGELINES. El dice que sí; San..... *Al oido.*

ROSITA. ¡Qué barbariá y que zin vergüenza.

LUISITO. *Al inglés.* Riaze, uzté de mí. Riaze hombre: zi lo dejo..... Pero aquí, *Por el pecho,* va un filózofo ma grande, que la estatua e la libertad de Nueva York.

Y zi no vamo a ver. Vorviendo al azuntiyo eze e las viudas. ¡Quién tié la curpa e que la mujer en España entietierre tanto mario?

EDUARDO. Ser difícil la contestasión.

LUISITO. Ella zóla ze deriva. Usté y zu compinches.

EDUARDO. Ser muy gracioso.

LUISITO. Zí zeñó. La media produse ma bajas en er seso maculíno que er tífu. Uzté e fabricante e medias... conque consecuensia ar canto.

Vea, uzté, las niñas. Rosita viuda catorse veses; Angeline veintiuna.

EDUARDO. ¡Oh! No convenir cambiar tanto de postuga.

LUISITO. Ezo le igo yo: No te mueva tanto hijíta, por Dios.

EDUARDO. Ser jóvenes aún y llevar entegados muchos marios.

LUISITO. ¿Jovenes? Zí, zerrando le andan. Rozita

echó un pimpollo en er quinto y lo apadrinó Pepe-Hillo. Y Angeline ar trese trajo ar mundo er nene mas hermoso que nase de maré. ¡Y bueno! Mire zi zería bueno er angeliyo que murió a los tres meses y cuando le dolian las muelas, por no danos fatigas, cantaba zoleares. ¡Hijo mio!

EDUARDO. Ser admigables estas cosas, amigo mio.

LUISITO. Pues de eze fué madrina la Calderona. Ahora vaya, uzté, contando.

ROSITA. ¿Qué le ise mi primito, mister.

EDUARDO. Su primo ser muy integuesante y muy grasioso.

ANGELINES. Interesante muchisimo. *Coqueteando*

LUISITO. Como ezo que desia, uzté, de que zólo hay sol. ¡Mentira! Vuerva la cara y mire ezos ojos. *Por las señoritas del público,* y después digame cuántos zoles hay.

EDUARDO. Yo no negar cuanto el signor desir. Yo sentir por Espagna y por sus señoguitas, por su sol y por su vino muchas cosas.

ROSITA. Muchizimas grasias.

ANGELINES. Reconocidisima.

EDUARDO. Yo admigar a la mujer espagnola, cuando caminar sin tocar el suelo.

LUISITO ¡Olé! Digalo uzté, compare. Zin pizar er zuelo, ezo ez. ¡Mi maré! Hay mujer que está to er dia dando ma vuelta que una devanaera... la zigue... y cuando ze le doblan las piernas de rendio... vuerve, uzte la cara y no ha andao tanto azina. *Un peso largo.*

ROSITA. Primiyo, que exagerao.

ANGELINES. O no ser tú.

LUISITO. ¿Y lo que se ve cuando andan? Donde una

española haga esto, que ze quiten las mujeres der mundo entero.

EDUARDO. ¡Oh! Las pantoguillas de las señoguitas tener encantos muy grandes. Yo ser fabricante de medias y conocer muy bien er género.

LUISITO. ¿Medias a mí? Las de Lagartijo. Me estorva la ropa.

ROSITA. *Ruborizada.* Que etamos aquí.

ANGELINES. ¡Qué atrevido!

EDUARDO. La media ser la prenda mas ínteguesante. Yo porder enseñarle muestrario que dejarles admigados.

ROSITA. Zí, míster, enzéñemos.

ANGELINES. Somos sus discípulas.

EDUARDO. ¿Uzte ayudarme a traer mi caja?

LUISITO. Le ayudo a traer la caja y lo entierro zí es menester.

Salen y vuelven con un muestrario enormisimo que dejan en el centro de la escena. Es una caja sin fondo. Eduardo desliga las correas y la abre.

ROSITA. ¡Qué amable! Eze inglés, es mi tipo.

ANGELINES. ¡Ay Andalucía mía!

LUISITO. ¡Camará! ¿Esto es er muestrario o la fábrica? Vamo a ver.

La salidas de los figurines será acompañada de intermedios misicales.

EDUARDO. Empezaremos por la media luna.

LUISITO. Mu arto no vamos pa empesar.

De la caja salen las señoritas que la Empresa disponga con trajes alegóricos de la media luna.

LUISITO. ¡Um...! Que me empitone un berrendo y que me yeve ar país que le ha mandao er modelo.

EDUARDO. Bonitas ¿verdad?

ELLAS. Mucho.

EDUARDO. Agora, enseñarles la media blanca. Esta ser jamón en durse. Delicadísima. Cosa de poguetas. Tratarlas con mucho cuidado.

Los modelos visten: Gran camisón negro que recogen a la altura de la rodilla. Zapatos y medias blancos.

ANGELINES. Muy delicadas.

ROSITA. De poeta; ezo es.

LUISITO. Ezo e el «Blanco y Negro» y yo estoy blanco, negro y colorao.

EDUARDO. *(A Luisito).* Esta gustarle mucho. Media verónica.

LUISITO. A ver eza. Con estilo ¿eh?

Los modelos son toreras, con pequeños capotitos al brazo.

LUISITO. ¡Belmontinas! ¡Fuera! ¡Fuera que las empitono!

Loisito las acomete, desplegando ellas las capotitos y pasándolo. Eduardo, Rosita y Angelines lo sujetan.

EDUARDO. Ser imposible con estos aganques.

LUISITO. ¿Arranques? Las muelas, me van a arrancar a mí los modelos estos.

EDUARDO. Van a ver la media tostada.

LUISITO. Madrileñísmo puro.

EDUARDO. Sí; en Madrid hacernos gran consumo-

LUISITO. Pero ze zirven enteras.

EDUARDO. Sí; dos medias a cada parroquiano. Veánlas.

Modelos: Mantón de Manila en punta. Pierna y muslo media tostada. Zapato del mismo color.

LUISITO. *(Llevándose la mano al estómago).* ¡Ay! ¡Ay!

ROSITA y ANGELINES. ¿Qué?

LUISITO. ¡Una desgana! ¡Desfallesío! Tantas medias tostadas... tantas tostadas enteras... ¡con las medias tostadas que yo necesito!

EDUARDO. ¿Ponerse enfermo?

LUISITO. ..... Siga, míster, síga, pasando hojas al muestrario.

EDUARDO. Agora, medias judías.

LUISITO. ¡No!

EDUARDO. ¿Por qué, signor?

LUISITO. Siempre que las como se me indigestan.

EDUARDO. Ser muy finas. Verlas.

Los modelos: Este modelo se encargará a un buen dibujante.

LUISITO. Zí lo desía yo; ya tengo la indigestión ensíma.

EDUARDO. ¿Enfermo otra vez.?

LUISITO. ¡Zí, hombre; me va uzté a matar!

ROSITA. Para la indigestión, purga.

LUISITO. Ezo es lo que yo necesito... zí... purgar..... purgar mucho.

Míster, aunque reviente, apunte para mi un vagonsito de estas.

EDUARDO. Hablaremos. Agora la media Eva. Estar de moda y ser sumamente económicas. No romperse, si no tratándolas con instrumento cortante. Imprescíndibles en el ejercicio de la natasión.

Modelos: Bañistas.

Luisito se ha tumbado en el banco, sin hacer caso ya de nada.

EDUARDO. *(A Luisito).* ¿No ser de su gusto?

LUISITO. No. ¡Déjeme estar hombre! Cuando le venga bien, tráigame las judías.

EDUARDO. ¿Les integuesan, señoguitas?

ROSITA. Tenemo un buen zurtido.

ANGELINES, No se nos acabarán nunca.

EDUARDO. Pues terminaré, enseñando a ustedes la reina de las medias.

Con ella la mujer tener asegurada la victoguia. Hacer preciosa la curva de la pantoguilla.

LUISITO. *(Volviendo al grupo).* ¡La reina?

EDUARDO. Sí; la reina.

Modelo: Uno solo. Viste gran mantillón blanco. Media negra y zapato negro de charol.

LUISITO. Pase... pase... cor. . cor...

EDUARDO. ¿Qué?

LUISITO. Cortar... la res... pi... gasión.

Música

LA MEDIA NEGRA

Díga, usted, caballero
Sí es la reina de las medias
Esta media.

Dígalo, dígalo.
Dénme, ustedes, con franqueza
Su opinión.

TODAS. ¿Verdad que sí?

CUPLÉ

LA MEDIA NEGRA

Es don Bautista un viejecito
Con mucho parné.
Y ¡ay que pillo! ¡Qué pillo!
Pues tiene una vista como un telescopio
Y dice, el muy tuno, que está cieguecito.

Hablando.

Vean si no: Apenas una muchachita se pone tan cerca, que él hablarle puede, sin que le oigan los demás, le dice muy bajito: Señorita: ¡Qué lástima que lo más perfecto de su personita, vaya enfundado en esas prendas de algodón y tan feas!

Ante esa humillación, ella responde: ¿Qué le importa a usté, sinvergüenza? Pues sepa que son de seda.

¡Qué no!

¡Qué sí! ¡A ver, si no!

Ella se indigna. El no se enfada. Y como es cieguecito...

Cantando.

Don Bautista, don Bautista,
Que son seda;
Que el terreno está muy fino,
Que se va, usté, a resbalar.
¡Si... sí!
¡Que se ha suelto un punto!

Don Bautista exclama;
Y arreglando el punto
Tres meses se están.
¡Ay Don Bautista,
Qué Bautista más truhán!

TODAS. ¡Ay Don Bautista,
Qué Bautista más truhán!

=o=

LOS MODELOS. Es la mujer española
Por su garbo y por su sal
La reina de las mujeres.
Cuando se la ve marchar,
Calzada con fina media
Y al hombre mirando así,
El suelo que al andar pisa,
Se alfombra de corazones,
Para que pasen triunfantes
Las mujeres de postín.
Busto arrogante;
Aire marcial;
Paso cortito;
Frente el mirar.
Fuera los hombres
Que paso yo.
Soy española.
Soy lo mejor.

(Vánse).

LUISITO. ¡Un muestrario! ¡Venga un muestrario que zargo de viaje! ¡Pronto que se marcha el exprés!

(Hacia dentro). Maquinista espere que voy a perder er viaje.

Mala puñalá te den en el bajo víentre. ¡Ya me quedao en tierra.

EDUARDO. ¿Por cuál decidirse ustedes, señoguitas?

ROSITA. Son todas muy lindas. Usted podría aconsejarnos.

LAS DOS. Vea. *Levántanse las faldas y presentan. Rosita dos talegos y Angelines dos palillos con las medías caidas.*

LUISITO. ¡Quieto bombero! No corrai, que está asegurao de insendio. Tapa Rozita. ¡Qué presiosidad!

EDUARDO. ¡Oh señoguitas! No integuesar a ustedes un fabríbante de medías. Ustedes necesitar un fabricante de pantoguillas.

Una llamarada en el centro de la escena y aparece Luzbel. Rosita se desmaya en brazos de Eduardo y Angelines en los de Luisito.

LAS DOS. ¡Ay!

LUISITO. ¡Mí maré! Er mismísimo diablo en cuerpo y arma.

Váse arrastrando a Angelines como puede.

EDUARDO. Caballego: Poder hacerse anunciar y no asustar así a las señoguitas. La mía ser una bala de noventa quilos.

LUZBEL. Te ayudaré a llevarla. ¡Perdón!

EDUARDO. *(Cargando con ella).* Grasías, grasías. *(Váse).*

LUZBEL. *(Triste, melancólico).* ¡Eva! ¡Eva! ¿Dónde estás?

Música

«No te amaré Luzbel»

. . . . . .

. . . . . .

Cuando amante corro a verla
Del día al toque final,
Y allí me arrojo a sus plantas
Sus caricias a implorar;
Cuando suplicante pido
Una limosna de amor;
Cuando les pido a sus labios
Den vida a mi corazón,
Siempre las mismas palabras
Me responde con desdén:
«No; no te amaré Luzbel.»
¡Oh misteriosa
Noche nupcial,
Que temblar me haces
Aún de emoción
Noche divina
Llega a mi pronto,
Divina noche
Noche de amor.
Ni mis labios se juntan
Ni mis brazos se enlazan
Ni de tiernos suspiros
No se escucha el rumor.
Porqué me huyes ingrata,
Si tanto te deseo,
Que una vez por saberte

Diera mi corazón.
Me muero de celos;
Me muero de angustia,
Me muero de rabia,
Muero de dolor.
Para tantas penas
Sólo hay un remedio:
El bálsamo dulce
Que me dé su amor.
Y a tanta desventura
Responde con desdén:
Inútil es tu ruego;
«No te amaré Luzbel».
¿Por qué? ¿Por qué?
¿Por qué el amor nació en mí?
¿Por qué le dí vida yo?
¿Por qué con ella soñé?
¿Por qué amó mi corazón?
Si desde que abrió sus labios
Me responden con desdén:
«No; no te amaré Luzbel».
¿Por qué? ¿Por qué?

Hablando.

¡Maldad!

MALDAD. ¡Señor!

LUZBEL. ¿Qué hacéis desventurados? ¿Dónde está vuestra astucia, que no podemos vencer?

MALDAD. ¡Sí! ¡Venceremos!

LUZBEL. ¡Venceremos! Pero entretanto ese hombre cada día se aproxima más a ella. Oye de sus labios palabras, que yo jamás pude escuchar.

¡Oh, rabia! ¡Oh desesperación! ¿Qué poder obra sobre mí, que me imposibilita de acudir a su lado, hasta que da la última campanada de la media noche?

Empiezo a perder la esperanza, Maldad. Es necesario que ese hombre sea aniquilado; pero rápidamente: sin vacilación de ninguna clase.

MALDAD. Lo será, y esta misma noche. Será inutilizado para amar a Eva, porque los vicios se infiltrarán en su corazón y Amor mismo lo repudiará.

Todo lo tengo dispuesto. Espero tan sólo el momento propicio para caer sobre él.

LUZBEL. ¿Y si os resiste?

MALDAD. No tiene el hombre poder para resistir la prueba a que le vamos a someter.

LUZBEL. Hasta no verlo deshecho, no renacerá la tranquilidad en mi espíritu.

¡Pobre Luzbel! *(Llora)* Tu amor la hizo y no consigues sea para ti.

MALDAD. Es indigno en un príncipe ese abatimiento.

LUZBEL. ¡La amo tanto!

MALDAD. Y será tuya.

LUZBEL. Que el Destino te oiga. Volveré a la única hora en que verla puedo. ¡Alerta, Maldad! No desprecies un momento.

Váse cabizbajo.

MALDAD. Si hoy no triunfo... ¡ya no soy quien soy! ¡Pecados, a mí! ¡Prontos a mi menor indicación!

Música

Todo oscuro. Sólo un rayo de luz blanca ilumina a la señorita que sale representando un pecado. Atraviesa la escena (exposición) y vuelve al fondo oscuro. Idém los demás.

Cada señorita va acompañada de dos viejos enanos, que visten del mismo color que la señorita que acompañan. Las señoritas que representan los pecados lucirán fantásticos trajes modernos, zapato, media y sombrero del mismo color.

1.º SOBERBIA. *Color oro. En un espejito que lleva se contempla. Los enanos le ridden continua pleitesia. Ella los desprecia.*

2.º AVARICIA. *Color púrpura. Sobre su seno oprisíona el cuerno de la abundancia. Los enanos le tienden su mano, que ella aparta.*

3.º LUJURIA. *Cojor plata. Lleva en una mano una manzana que simula morder. Con la otra sujeta por los extremos de dos cíngulos a los enanos que quieren huir.*

4.º IRA. *Color morado. Con un látigo pega a los enanos.*

5.º GULA. *Color rosado. Lleva una copa con licor de la que bebe. Los enanos alargan una copita cada uno; pero ella no les da.*

6.º ENVIDIA. *Color verde. Rodéala el brazo un áspid, que alarga a los enanos para que les muerda. Ellos huyen y vuelven.*

7.º PEREZA. *Color celeste. En actitud de despe-*

rezarse. Los enanos la abanican con enormes pays-pays.

Terminado el desfile, luz general: Los enanos se colocan en dos hileras, al hilo de las cajas. Los pecados danzan y los enanos inician una batalla de serpentinas. Desde lo alto lluvia de confeti.

PECADOS. ¿Qué es la vida sin nosotros
Sacerdotes del placer?
A raudales le ofrecemos;
Venid todos a beber.
De los goces el secreto
En nuestro pecho llevamos,
Y horas llenas de ilusiones
Por doquiera prodigamos.
Venid a mi fuente;
Venid a beber;
Que rico venero
Yo soy de placer.
Venid a mis brazos;
Venid a gozar
Venid que yo os guardo
La ciencia sin par.

MALDAD. ¡Tomaréis posiciones!

Todas se distribuyen tras las cajas, repartiéndose toda la escena.

Los enanos evolucionan y marchan por el fondo. Retírase la Maldad.

ALBERTO. *(Saliendo y yendo al banco donde se sienta).* ¡Está bien! Todo el mundo ha tomado ya a chacota mi enamoramiento de Eva y voy a tener que reñir una batalla en toda regla; porque si no consigo rendir a esa mu-

jer, voy a correr el más espantoso de los ridículos. ¡Meditemos...!

Cautelosos los pecados avanzan hacia el banco. Alberto ha quedado con la cara entre las manos y no ve a Lujuria que provocativa se sienta junto a él. Los demás pecados apoyados los brazos en el respaldo del banco.

LA BATALLA

LUJURIA. ¿Albertito?

ALBERTO. ¡Señorita!

LUJURIA. ¿Son bonitos mis ojos?

ALBERTO. Ciego fuera...

LOS PECADOS. ¿Y los nuestros?

ALBERTO. ¡Se... se... ñoritas!

Va a levantarse, pero rápidas caen sobre él, sujetándolo.

LUJURIA. Eres nuestro prisionero y no escaparás.

ALBERTO. ¡No! Si yo sólo pido, que no me sea devuelta la libertad.

¿Y decidme, lindísimas carceleras, a qué méritos debo yo el ser tan afortunado?

LUJURIA. Voy a explicártelo; pero antes fumemos.

Saca una pitillera, de la que da un cigarrillo a cada uno, encendiéndolo todos.

Todas nosotras estamos locamente enamoradas de tí; ese ricito que te cae encima de la frente nos ha vuelto el juicio...

TODAS. A todas.

ALBERTO. ¿Este?

LUJURIA. Este y todos los demás. Hemos estado a punto de dejarnos mútuamente sin un cabello... por conquistar ese rizo.

ALBERTO. Hijitas, hubiera sido una heregía. Yo tengo rizos para todas vosotras. ¡No faltaba más!

LUJURIA. Pero es el caso que no podemos ponernos de acuerdo, acerca de para cual has de ser.

ALBERTO. ¿Y he de ser yo el que lo decida?

LUJURIA. No; hemos decidido que seas para todas.

ALBERTO Decisión que acato encantadísimo. ¿Y eso ha de ser realidad? *(Bosteza muy largo).*

LOS PECADOS. Lo es ya.

LUJURIA. Te llevaremos muy lejos... *(Alberto endormiscado se abandona a ella).* A una isla encantada...

ALBERTO. Sí..... sí..... Vámonos a la isla.

LUJURIA. Serás Sultán y nosotras tus esclavas.

ALBERTO. Es... clavas.

LUJURIA. Allí «Las mil y una noches» serán cuentos para parvulitos...

ALBERTO. Sul... sul... tana.

LUJURIA. Nuestra belleza, nuestra juventud... nuestras caricias... nuestro amor... todo será tuyo.

ALBERTO. ¡Mí... o! ¡Todo mío!

LUJURIA. Y la más embriagadora esencia de los placeres... presidirá nuestras orgías.

ALBERTO. ¡Pla... pla... ce... res!

LUJURIA. ¡Cayó! ¡Eres nuestro!

TODAS. *Extendiendo el brazo sobre él.* ¡Eres nuestro! *La Maldad les da enormes abanicos de pluma, con los que le abanican al compás de la música.*

Música

VALS DEL SUEÑO

PECADOS. Duerme y ven con nosotros
Al país del ensueño,
Que los siete Pecados
Tus esclavos seremos.

:o:

Duerme y nunca despiertes;
Y en tu sueño goza, goza
Los placeres que los hombres,
Anhelais con ansia loca.

:o:

Duerme el sueño de la vida;
Duerme el sueño de la muerte;
Hincha de placer tu pecho;
Que los pecados te quieren
Para llevarte
Lejos, muy lejos:
A un país que se llama
País de ensueño.

. . . . . .

. . . . . .

¡Duerme! ¡Duerme!

. . . . . .

. . . . . .

¡Duerme! ¡Duerme!
¡Duerme y nunca ya despiertes!

Vánse junto a las cajas, sin desaparecer completamente de la vista del público. Destócanse el sombre-

ro. Quítanse medias y zapatos. Bajo el traje con que han aparecido hasta aquí, visten malla que semeja la piel de la serpiente. Cálzanse zapatos que entonen la malla y vuelven a la escena, alineándose paralelamente a la batería.

Sueltan los broches que sujetan sus vestidos y éstos caen a sus pies, quedando convertidas en serpientes. Cabello muy largo y tendido.

La Maldad recoge los trajes y se va.

Los Pecados danzan una danza bíblica, en torno al banco donde, desvanecido, yace Alberto.

La danza termina enroscándose al banco, formando estático grupo, humillados los rostros.

Sale el Amor y extrañado al no ver a Alberto, indaga con la mirada. Fíjase en el banco y cauteloso se acerca a él, quedando petrificado al ver el grupo y a Alberto en poder de los Pecados.

Corre al fondo y exclama:

¡Virtudes! ¡Por favor!

Raudas acuden a su voz las siete Virtudes. Van descalzas de pie y pierna; visten túnicas blancas y, suelto el cabello, coronan su frente con guirnaldas de florecitas.

Amor y las Virtudes tras él, suben la escalinata.

Ante la puerta practicable, de cristalería, que da acceso al Hall de palacio, han caído dos cortinones suntuosos y de oscuro color. Amor levanta suavemente uno de ellos y aparece Eva estatuaria, vistiendo el traje del acto primero.

Grupo muy artístico. Las Virtudes, extendido el brazo, indican el banco.

EVA. *(Pianísimo).*

Una flor guardo en mi pecho
Flor que es aún tierno capullo,

Los Pecados, al iniciarse la voz, han levantado la cabeza; ahora miran horrorizados a las Virtudes.

Flor que busca quien su cáliz

Alberto beodo, entreabre los ojos y da muestras de volver en si. Los pecados se arrastran abandonándolo y formando algo como un nido de serpientes, a un lado de la escena, siempre su vista fija en las Virtudes.

Llene de placeres puros.

ALBERTO. *Levántandose, tambaleándose.*

¡Su voz! ¡Su voz!

Va hasta el pie de la escalinata, donde absorto oye estas palabras de Eva:

EVA. Ni Lujuria, ni Soberbia
Ni Pereza, Ni Avaricia
Amará mi corazón.
Has de llegar a mi limpio
De miserias y Pecados
Para que te dé mi amor.

ALBERTO. ¡Visión,
Que a mis ojos apareces!
Por ti.
Renunciaré a los pecados.

Subiendo muy lento.

Dame un poder que me libre
De ellos que su esclavo soy.
Voy.
Espérame.

Alberto sube y cuando va a poner su mano sobre

Eva... Eva y Amor desaparecen tras las cortinas, extendiéndose ante él, la fila de las Virtudes que le cierran el paso.

Alberto desciende tambaleándose, yendo a abandonarse en el banco.

Las Virtudes raudas van delante, hacía los pecados.

Cada una coge a uno de ellos haciéndolo salir; danza, semejante a la de los apaches, en la que la Virtud humilla y maltrata al Pecado. Por fin caen ellos.

Temerosos se alzan, los brazos altos, las palmas de las manos juntas. Hipnotizados por las Virtudes y bajo la mirada dominadora de éstas, retroceden hasta desaparecer por entre cajas.

Van las Virtudes sobre Alberto; soplan sobre su frente y éste vuelve en sí.

Más raudas aún desaparecen.

ALBERTO. ¡Esperad!

¡Oh! ¿Que ha pasado por mí? ¡Que pesadilla más horrible!

Transición. Pero la he visto. He visto a Eva y su belleza, no hay imaginación humana que la pueda concebir.

¡Eva! ¡Eva! ¿Eres tal como mis ojos, estos *(por los ojos materiales)* o los otros... te vieron?

AMOR. *Tras el banco, sonriente. Alberto lo escucha transportado.*

Esa mujer, Alberto, es la que sin par, existe sobre la Tierra.

Para formar su cuerpo hermoso, fueron combinados los elementos más preciosos de la Naturaleza. Digna efigie es de aquel para quien fué creada. Es éste un Príncipe,

hermoso como un sol, aún cuando la soberbia de su padre lo convirtiera en espíritu del mal.

Y no queriendo ese príncipe a las almas que en su reino atesoraba, porque amar no sabían, yo, con un beso de mis labios, le infunde la más pura que de mí salió.

Alma mía es la suya, y de ella disponer quiero. Para un hombre la guardo digno de ella. Si ese hombre fueres tú, tuya será.

ALBERTO. ¿Sueño otra vez?

AMOR. No.

ALBERTO. ¿Quien me habla?

AMOR. *Adelantándose.* Yo.

ALBERTO. ¡El Amor!

AMOR. El soy.

ALBERTO. ¡Oh mancebo, amigo mío! Pues me dispensas la merced de acudir en mi auxilio, díme que he de hacer para merecerla, y por muchos que sean los obstáculos a vencer, tened por seguro que no retrocederé ante ellos

AMOR. Tal vez la voluntad te engañe.

ALBERTO. Sólo si son pequeños, lo sentiré.

AMOR. Escucha, pues: El príncipe de que te hablaba es Luzbel; entre él y yo, como dueños que somos de su alma y de su cuerpo, existe una lucha sin cuartel.

Todas las noches al sonar la última campanada de las doce, viene a verla; mas jamás consiguió gustar las mieles de su boca.

Pronto esa hora sonará. Eva acudirá a la cita. Enamórala. Desafía las iras de Luzbel... con él lucha... véncele..... y si aquesto consigues Eva será tuya.

ALBERTO. Aunque una legión de diablos le acompañen, con su sangre mis manos teñiré.

AMOR. No olvides, que eres tú quien te bates; pero que soy, quien lucha con él.

Eva se acerca; no vaciles en tu empresa; a ella ve.

Música

Eva aparece en el vestíbulo. Alberto le ofrece su mano, para descender los últimos peldaños. Van al banco, sentándose ella y permaneciendo él, de pie.

En la última parte del duo Eva va desvaneciéndose, en brazos de Alberto. Al final ya lucha con Alberto abandonada. Dan las doce. Coinciden: la última campanada, el beso de Alberto a Eva, el desmayo de ésta y la aparición de Luzbel. A éste sigue a distancia un paje.

ALBERTO. ¡Eva hermosa!
EVA. ¡Alberto amable!
ALBERTO. Que tus manos se entrelacen
Con las mías permitidme.
EVA. Sois galante...
ALBERTO. Sois divina.
Os amo.
EVA. De amor no hableis,
Alberto mi dulce amigo,
Pues que amarme no podéis.
ALBERTO. Como el girasol da vueltas
En busca siempre del sol,
Perdida da vueltas mi alma
En busca de vuestro amor.
En mi mente vuestra imagen
Grabada está con tal fuerza,

Que doquiera que yo mire,
A vos sólo mi alma encuentra.

EVA. Tu pasión,
No puedo corresponder.

ALBERTO. ¡Por favor!

EVA. Nunca amarte yo podré.
De mis labios dulces besos
Dar no puedo;
De mis manos las caricias
Yo no tengo.
Déjame,
Pues que sufres cruel tormento.

ALBERTO. Te amaré.

EVA. Para torturar mi pecho.

ALBERTO. Eres música, eres canto,
Eres trino y oración.
En ti la belleza misma,
Para ser bella encarnó.
En el altar de mi pecho,
Siempre yo te llevaré;
Y el incienso de mi amor
Sin cesar te ofrendaré.

EVA. ¡Oh tortura sin igual!
¡Oh tormento dulce y cruel!
Ya las fuerzas me abandonan.
Me siento arrastrada hacia él.

ALBERTO. Déjame besar tus labios.

EVA. ¡Por favor!

ALBERTO. Déjame beber su néctar.

EVA. No... no... no.

ALBERTO. Las angustias de mi pecho
Ya no puedo resistir.

EVA. Que mi beso será amargo.
¡Alberto, por Dios, no!

ALBERTO. ¡Sí! ¡Déjame!

EVA. ¡No!

ALBERTO. ¡Sí! ¡Déjame! ¡Déjame!

Eva ha quedado desmayada.

A Luzbel. Hablando. Bienvenido seais, caballero.

LUZBEL. Asombro me causa vuestra sangre fría.

ALBERTO. Jamás temí a aquel, a quien ya esperaba.

LUZBEL. ¿Tenías, ya pues, descartada mi venida?

ALBERTO. Sí tal.

LUZBEL. Voto a mi padre Satanás, que me place habérmeles con un mozo tan gallardo.

ALBERTO. A prueba dispuesto me encontrais.

LUZBEL. Para ello tal vez no haya lugar. Escudero de tan bella dama, sin duda algún accidente desgraciado ha hecho necesarios vuestros solícitos cuidados. Agradecido os quedaré por ello.

ALBERTO. Acertado le andais. En mi pie tropezó, y en mis brazos la recogí; mas al roce sedeño de su rostro con el mío, fué tan grande la emoción por mí sentida, que he prometido ser su esclavo; he jurado ser su amante y decidido estoy a vérmelas con quien un obstáculo a mis deseos pretenda ser.

LUZBEL. Por Satán que deliras. Esa dama tiene dueño.

ALBERTO. Sí lo soy yo, sí.

LUZBEL. Por derecho me pertenece.

ALBERTO. A vuestro derecho me opondré.

LUZBEL. ¿Me desafías?

ALBERTO. Sí.

LUZBEL. ¡Pobre humano! No quiero valerme de mi poder y reducirte a la nada.

No digas nunca que el príncipe Luzbel, luchó con ventaja contra tí.

Arrojándole su propia espada, que Alberto recoge. Toma. Defiéndete.

Luzbel coge la espada del paje. ¡Luchemos!

ALBERTO. Sí, luchemos por su amor.

Música

Durante el duelo la escena se puebla de diablos y diablillos; estos contemplan el duelo, nerviosos En un momento dado, Luzbel retrocede francamente y los diablos echando mano a sus espadas avanzan sobre Alberto.

Rápido aparece el Amor espada en mano también y logra mantener a raya a los diablos.

Eva, vuelta del desmayo. sigue con grándisimo interés el lance, apurándose cuando Alberto retrocede y alegrándose cuando parece va a vencer.

Luzbel rueda por el suelo. Diablos y diablillos con loca algarabía, lo llevan fuera.

ALBERTO. ¡Eva hermosa,
Tu corazón conquisté!

EVA. Ya son tuyos sus latidos.

AMOR. *(Interponiéndose)*
Quien venció sólo Amor fué.
Horas de ventura eterna
De mí viviendo os esperan;
Que sin mí esencia la vida

No tal sino muerte fuera.
Luzbel te derroté;
Triunfé de tu maldad,
A Eva rescaté
Nunca tuya será.
De su boca las mieles,
Ya nunca gustarás,
Los besos de sus labios,
Nunca tuyos serán.
Alberto su dueño es;
Para ella lo elegí,
Juntad, pues, vuestros labios,
Y eternamente
De mi vivid.

EVA Y ALBERTO. Horas de ventura eterna
Fundidas en solo un beso
Cual la primavera ardiente
Y como el amor eterno.
Beso preñado de brotes,
De promesas, de ilusiones,
De caricias, de esperanzas,
Crisol de dos corazones.

AMOR. Adios; felices sed.

EVA Y ALBERTO. Adios, Amor.

AMOR. Siempre con vos seré.

EVA Y ALBERTO. Adios, Adios.

Danzan. En palacio ha terminado la fiesta; comienza el desfile de los invitados, los que al salir a la escalinata y ver bailando a Eva y Alberto quedan petrificados adoptando posturas de caricatura.

Una luna enorme se alza al fondo... sonriendo, guiñando un ojo, y mordiéndose la lengua.

Alberto y Eva vánse, bailando.

APOTEOSIS

Desaparecida la verja cuadro de Apoteosis.

En la parte superior Eva y Alberto. Más hacía el proscenio y más bajos Luzbel muerto y Amor vencedor

Las siete Virtudes puesto su pié, sobre los siete pecados que yacen en el suelo.

Las flores completan el cuadro.

TELÓN

Cherta (Tarragona) Abril de 1925.